

## Cuatro palabras

Ante la monstruosidad sin precedentes perpetrada ayer en la Cámara por los que, arrastrados por las pasiones más condenables, no repararon en proporcionar a la monarquía y al maurismo el triunfo de romper, sin razón ni motivo la Conjunción republicano-socialista, la indignación apoderada de nuestro espíritu desbordándose para poner el comentario digno a acción tan unánime y contundentemente condenada.

No queremos pecar de lo mismo que censuramos a los que tan arteramente han asesinado la Conjunción, según la frase de un ex ministro. No queremos ser injustos, y para no serlo preferimos en estos primeros momentos guardar silencio, para que hablen los demás, reservando para nuestra tranquilidad todo lo que hoy, aunque disculpable, pudiera parecer apasionado.

Los partidos, los hombres, la Prensa, lo ajeno a nuestra comunidad, sean hoy los comentaristas. Sus opiniones, que no podrán ser recusadas por el interés, darán a nuestros lectores la enorme y brutal impresión que produjo el acto insólito de Azcarate y Pablo Iglesias.

Los republicanos españoles los juzgarán. La apelación de Lerroux al país es lo más grande y lo más noble de cuanto se ha hecho en la política, grandeza que contrasta con la pequeñez del acto realizado por los que han sido efusivamente felicitados por Maura y Cierva.

## La minoría radical

Ayer, después de terminada la reunión que celebraron en el Congreso los diputados radicales, el Sr. Lerroux les invitó a comer, con algunos otros amigos.

A los postres, se acordó enviar un telegrama de salutación cariñosa a los dos diputados radicales ausentes, Sres. Sánchez Beltrán y Santacruz.

El primero ha contestado con el telegrama siguiente:

«San Sebastián. Recibido su telegrama. Le envío mi entusiasta felicitación por la brillante defensa que ha hecho, que han hecho ustedes en el Congreso, de la honrada administración municipal del Ayuntamiento de Barcelona. Haga constar mi adhesión a los acuerdos que ha tomado la minoría de nuestro partido y saludo en mi nombre a los compañeros.»—Toribio Sánchez Beltrán.»

## Los que aplauden a Azcarate

La absurda conducta del Sr. Azcarate en la sesión que el Congreso celebró ayer tarde, ha merecido la unánime reprobación de todas las personas de sentimientos liberales y de todos los periódicos que tienen un concepto claro de la honorabilidad de los partidos.

Este anciano señor, que en la última legislatura demostró su incapacidad para dirigir una minoría parlamentaria, se ha comportado ayer como un cadete inexperto. Si en su alma late la fibra republicana, sentirá una gran amargura repasando los periódicos que hablan de su inaudito atentado y percibiendo la condenación que de su conducta hacen, con frases lapidarias, distintas personalidades políticas. Hay en las palabras del viejo catedrático una torpeza tan grande, que han movido a decir públicamente a muchos monárquicos que con ellas se ha hecho un gran servicio a la causa de la monarquía.

¿Quiénes aplauden al Sr. Azcarate por su acción insólita? Tres periodistas de nota, de quienes conocemos todos los profesionales la interesada evolución retrógrada hacia el neismo más o menos encubierto: Canals, «Frollo» y «Azorin», y los siguientes periódicos de significación revolucionaria marcadísima: «La Mañana», «La Epoca», «El Universo», «El Correo Español», «El Siglo Futuro» y «El Debate».

«La Mañana», que ha sido el órgano visible de la conjura, dice que el Sr. Azcarate obró con nobleza digna de aplauso, y en otro sueltito aparte nos supone tan cándidos que creyéramos que Azcarate iba a aceptar el papel que se le tenía asignado en el debate. Repase el colega nuestros artículos de días pasados, y verá cómo en uno de ellos afirmábamos ya que un republicano que tiene un ministerio irresponsable estaba comprometido como puntillero por los conservadores. Nada de lo que ha pasado nos ha cogido de sorpresa: lo esperábamos, aunque nos resistíamos a creer en tanta torpeza.

En «La Epoca» leemos estos párrafos, después de haberle llamado a Azcarate íntegro y honrado varón: «Justo es decir que mientras el acto del Sr. Azcarate era comentado con gran elogio por cuantos rinden culto a la ética política, habla—aparte de los diputados radicales—otros que le censuraban. ¿Quiénes eran éstos? Eran diputados de la mayoría y hasta altos empleados. A juicio de éstos, el Sr. Azcarate debía producirse en otros términos de aquellos nobilísimos en que lo hizo... para evitar la ruptura de la minoría republicana (¡!)». Los que así se expresaban, repetimos, eran diputados monárquicos, diputados liberales. Nosotros los oímos con algún rubor, pero sin gran sorpresa.

Basas admiraciones y ese rubor del órgano del Sr. Maura valen por todo un periódico lleno de comentarios; ellas vienen a justificar que «El Imparcial» de esta mañana afirma que Azcarate tiene desde hace tiempo más afinidad con los mauristas que con sus compañeros de minoría. Esas admiraciones y ese rubor indican bien a las claras que «La Epoca» está maravillada de que un acto tan favorable a la dinastía haya sido reprobado por algunos diputa-

## Palabras del señor Canalejas

Al ser recibidos esta mañana por el señor Canalejas, hemos oído de labios del mismo estas manifestaciones que procuramos reproducir con la más posible fidelidad:

A nadie que conociera los imperiosos deberes que me obligaban a concurrir ayer tarde al Senado, ha de extrañar mi ausencia de la otra Cámara en las primeras horas de la sesión.

En el caso de hablar, nada nuevo hubiese podido decir; a lo sumo, ampliar las manifestaciones hechas por mí con anterioridad.

Los Gobiernos no pueden intervenir directa ni indirectamente cuando se trata de debates personales; hubieran sido irrelevantes mis declaraciones.

Al gobernador de Barcelona he rogado que impulse la tramitación del expediente referente al arbitrio sobre cementos.

Con respecto al asunto de las aguas, varios diputados de Barcelona saben cuál es mi actitud y propósitos, cifrados en la ejecución de las obras necesarias para el abastecimiento de aguas a Barcelona, llegando para ello, si preciso fuera, a la cooperación del Estado.

En el último Consejo de ministros celebrado en el Ministerio de la Gobernación, recayó la conversación sobre la eventual acción fiscalizadora del Gobierno en el Ayuntamiento de Barcelona.

Hoy mismo he recibido telegramas de varios gremios y de los organizadores de los mítines de protesta; aplaudiendo la conducta del Gobierno y reiterándole su confianza.

Respetando el derecho de crítica, diré que no estoy dispuesto a modificar ni en un ápice mi norma de conducta, atendida siempre al espíritu de la ley.

Cuando se reanuden las Cortes, después de breves vacaciones, podrán ser juzgados mis actos y los del Gobierno, mucho más importantes que mis palabras y mi silencio de ayer.

«Todo el mundo convenía en que el jefe de la minoría republicana, Sr. Azcarate, se ha dejado cazar sencillamente en las burdas habilidades que el Sr. La Cierva venía desarrollando en estos días, de las que habían podido apercibirse numerosas personas, como también lo estaba el Gobierno.»

(Heraldo de Madrid.)

## La Conjunción y la Solidaridad

Lerroux ha sido el último propagandista de la alianza republicano-socialista

A la hora misma en que los Sres. Azcarate e Iglesias (D. Pablo) provocaban con su actitud insólita el rompimiento de la Conjunción republicano-socialista, publicábamos nosotros en el número de anoche extensa reseña del mitin de propaganda radical celebrado el domingo en San Martín de Valdeiglesias. Al acto asistió Alejandro Lerroux y del discurso por él pronunciado dábamos esta nota:

«Después de los discursos de Santillán y de Emiliano Iglesias, hizo el resumen Lerroux con otro admirable, como todos los suyos. Comenzó declarando que el partido que acudía a esta dentro de la Conjunción republicano-socialista, y que aun cuando vienen a hacer propaganda de los principios radicales, guarda para los aliados y afines las consideraciones más cordiales y afectuosas. La República debe ser la obra de todos; pero el traserla, la conquistarla, está reservado a los que constituyen la vanguardia republicana, a las huestes populares que siempre supieron sacrificarse por los ideales redentores.»

«Como podría pensar nuestro entrañable amigo que los amigos y los afines se confundían con los enemigos de la República y de la Democracia para aniquilarla, aun a riesgo de romper la Conjunción republicano-socialista de que él se envanecía de formar parte y a cuyos componentes ofrecía solemnemente, ante el pueblo congregado en grandioso congreso, sus respetos y afectos más sinceros?»

Los buenos republicanos, los que venían propagando por la unión y por la cordialidad de todos los elementos revolucionarios, juzgarán de las palabras de Lerroux y de la actitud de Azcarate y de Pablo Iglesias. La Conjunción, el admirable instrumento revolucionario en quien había puesto sus últimas esperanzas de redención del pueblo español, la alianza pactada para impedir la vuelta al Poder de Maura y Cierva, y para derribar a la monarquía, ha muerto, en honor de Maura y Cierva y de los solidarios catalanistas y para provecho y tranquilidad monárquica, a manos del jefe parlamentario republicano y del aliado socialista.

Alejandro Lerroux ha sido, en el mitin de San Martín de Valdeiglesias, el último cantor y el último propagandista de la Conjunción. Los primates de ella premiaron su celo hirviendo, inopinadamente por la espalda al otro día.

Ahora, muerta la Conjunción, renacerá la Solidaridad, los plutócratas, los negociantes y los neos, carlistas y separatistas catalanes ocuparán el vacío que los radicales dejaron; pero frente a la monarquía y a los que directa o indirectamente le sirven, se levantará siempre, irreducible e inmovible, la falange revolucionaria que se agrupa bajo la bandera radical.

Con nosotros queda el programa de la falange alianza, y es posible que los que, honrada y de buena fe, la formaron, prefieran seguir a nuestro lado, que deshonrarla en complicidad con monárquicos y ultramontanos.

## Dime con quién andas...

Diarios que defienden y elogian tímidamente la actitud del Sr. Azcarate: «La Epoca» (conservador), «El Mundo» (clericalista), «El Universo» (católico), «El Debate» (ultramontano), «El Siglo Futuro» (integrista), «El Correo Español» (carlista).

«Ni uno más ni uno menos.

Periodistas que elogian y ensalzan al Sr. Azcarate:

«Azorin», el faldero lamerón de Cierva, ex anarquista, ex librepensador y ex publicista radical; «Claudio Frollo», ex anarquista, ex republicano y ex redactor de «El Motín», de «España Nueva» y de «El Progreso»; Salvador Canals, ex castelari, ex anarquista, ex demócrata de Luis Felipe Aguilera, ex liberal en el «Heraldo» y actual rodríguez de Cierva.



¡Ah, la autoridad! Confieso que me molestan mucho los hombres reputados de austeros. Casi todos resultan luego unos farsantes. La autoridad en política es virtud que conceden los enemigos a un hombre determinado para que éste sancione sus tropelías. Cuando el hombre austero dice «esto está bien» o «está mal», ¿quién puede afirmar lo contrario. Aparte, de que la virtud de la austeridad no es incompatible con las cualidades que adornan a un besugo.

De un besugo nadie puede decir que cometa inmoralidades, ni que en su vida tenga la más ligera mancha que empañe su austeridad. Y, sin embargo, un besugo no nos merece ningún crédito.

En el Parlamento español siempre ha habido un hombre austero. Cuando un Gobierno necesitaba de él, el nombre austero ponía el marchamo de su austeridad y el asunto aquel quedaba sancionado. Y si alguien ponía reparos, el jefe del Gobierno replicaba:

«El ilustre maestro, el austero D. Fulano, ha hecho justicia reconociendo nuestro honorado proceder.»

Es necesario acabar con los austeros, que, como decía antes, casi siempre son unos farsantes.—JAVIER BUENO.

## Para «El País»

Nos ha extrañado, asombrado mejor, la explicación que da el colega a su silencio de hoy. Podemos asegurar que los radicales de Madrid no han tratado, ni pretendido, ni soñado ir a la Redacción de «El País» en son de amenaza. El inspector Sr. Serrano, por una previsión excesiva, guardó la Redacción del colega, que nadie trataba de atacar.

Tan interesados como «El País» en poner en claro lo ocurrido, hemos hecho una información minuciosa en todos nuestros centros, y en ninguno de ellos se ha podido comprobar la noticia.

Que existe cierto disgusto en la masa radical contra el colega, no hemos de negarlo; pero es un disgusto que no puede llegar, ni ha llegado, a manifestarse con violencia. Palabras amargas, quejas razonadas, ¡eso es todo!

Media docena de jóvenes pensaron visitar la Redacción de «El País» para protestar ante su propietario en forma amistosa, y ni aun eso les permitieron los correccionarios que, por su edad y sus prestigios, pueden ejercer autoridad sobre la juventud.

Negamos que en la calle la autoridad haya tenido que disuadir a nadie para que no fuese a la Redacción de «El País».

Los radicales tienen en mucho la disciplina, son corteses y siguen el ejemplo de su jefe en cuanto se refiere a las relaciones con todos los correccionarios.

De manera que la única coacción sufrida por el colega ha sido la de los guardias de Orden público.

Conste así, para restablecer la verdad de los hechos y satisfacción de «El País» y de todos los radicales.

Ahora esperamos que el colega sabrá corresponder a nuestra lealtad rectificando aquellos frases de su artículo en que, a vueltas de amistosos distinguos, incesantemente en este caso, se habla de matonismos y otras zarandajas ofensivas, hasta en hipótesis, para el digno, honradísimo y caballeroso partido Radical.

En los días de ahora, frente a los acontecimientos trascendentes que conmueven al republicanismo español, conviene que cada uno aporte su juicio y su verdad, sin eufemismos, ni habilidades, ni dilatorias.

Por esto nos duele la actitud evasiva del colega, y por esto fraternalmente le invitamos a meditar sobre la suerte que a la unión de todos los republicanos—por la que tantas y tan entusiastas campañas riñó «El País»—le aguarda, después de la increíble actitud de los Sres. Iglesias y Azcarate.

Y ni una palabra más.

## Habla el Sr. Merino

El ministro de la Gobernación ha hecho a los periodistas las siguientes declaraciones:

Hoy he conferenciado con el alcalde de Barcelona, que saldrá esta tarde a las seis.

Yo iré a despedirle.

De Barcelona no tengo hoy noticias de perturbaciones de orden público, después de los alborotos ocurridos anoche, y que renegó la Prensa.

El gobernador me telegrafía que todos elogian la conducta del Gobierno, observada ayer, y anuncia que hoy se celebrarán algunos mítines, organizados por los gremios.

La sesión del Congreso causó gran sensación en Barcelona, y en aquella población se hicieron numerosas conjeturas de las consecuencias de lo ocurrido.

Verdaderamente, Barcelona es una población de una sensibilidad política enorme, y desde luego mayor que la del resto de España. El mejor acto político impresionó la conciencia del país.

Hay allí partidarios de unos y otros elementos políticos, pero también existe una clase neutral, que ve con este pleito interrumpido la solución de este asunto, tan interesante para Barcelona como el abastecimiento de aguas.

Yo creo que este problema, al fin, tendrá que resolverlo el Gobierno, porque no se puede privar del abastecimiento de aguas a Barcelona, llegando, si es preciso, a que las obras se realicen por el Estado, pero no considerando que el Ayuntamiento actual pueda hacerlo.

Respecto lo que se afirma sobre una inspección en el Municipio barcelonés, ya dije ayer en el Congreso cuanto tenía que decir.

Conozco los medios de provocar el aplauso de la mayoría y de los conservadores, pero ayer quise permanecer neutral.

Por esta razón no contesté al Sr. Azcarate lo que el Gobierno entiende por autonomía. Lo que este concepto significa no lo dijo ayer nadie en el Congreso.

Estoy conforme con que los asuntos de moralidad se ventilen en las Cortes, pero no en la forma que lo han hecho los solidarios, pues esto significa una coacción sobre el Gobierno, cuyo criterio ha de prevalecer en definitiva.

Después de las inculpaciones que unos y otros de los interesados en el pleito político catalán, se han hecho desde hace tres años, cabe abrigar la sospecha de que todos hacen mala administración.

Es curiosa la oposición que han hecho los diputados catalanes contra el nombramiento de alcalde de Barcelona a favor del marqués de Marianao, por la razón de que su cédula personal no estaba extendida en Barcelona. Esto lo dicen contra una de las mejores fortunas de España.

La mejor garantía para los que censuran la gestión del Ayuntamiento de Barcelona, es que figure al frente del mismo un hombre de los prestigios sociales y políticos del marqués.

Dentro de dos o tres días llegará a Madrid el primer correo contra los acuerdos de aquel Municipio.

Interrogado el Sr. Merino acerca de la supuesta inspección, ha contestado:

«El Gobierno no ha pensado nada sobre este extremo.»

## Opiniones ajenas sobre la puñalada a la conjunción republicano-socialista

Es unánime la opinión en todos los Centros políticos de Madrid de excepción, naturalmente, de la Defensa Social, unánime el juicio de la Prensa independiente, general la indignación de los republicanos.

Por lo que a nosotros se refiere, mantenemos por hoy la actitud del Sr. Lerroux, registrada en los extractos que los periódicos hicieron.

No necesitó—dicen—la serenidad en trance tan difícil. Contestó con palabra vibrante, serena y tranquila.

He ahí nuestra actitud. Serenos y tranquilos, con la serenidad propia de quien tiene el valor de sus actos; con la tranquilidad que acompaña en todo momento, por difícil que sea, a quien no tiene nada que temer, asistimos al fallo de la opinión, que no coincide, ciertamente, con el pronunciamiento por los Catalanes de la Conjunción republicano-socialista.

«El Liberal», en un notable artículo de fondo, dice cosas admirables:

«Ayer, el Sr. Azcarate echó al Sr. Lerroux y a sus compañeros los diputados radicales, de la Conjunción republicano-socialista.»

«La ejecución se verificó en toda regla, con el Congreso lleno hasta los topes.»

«Su fallo no ha disipado nuestras dudas.»

«El suceso es desagradable, principalmente para los diputados republicanos, que continúan sin formar un organismo útil, a pesar de haber visto en los comicios la unidad y la homogeneidad de sus electores.»

«Ciertamente algunos no han necesitado pasar por esa prueba; pero la mayor parte, sí.»

«Con cuarenta o más diputados en el Parlamento, y después de un ruidoso triunfo electoral, hemos venido a parar, mejor dicho, han venido a parar en el mismo punto donde, mediando también el Sr. Azcarate, se atollaron hacia el final de las Cortes conservadoras.»

«Y es que una minoría activa, constante, batalladora, no puede tener por cándido una persona, que, al modo de los reyes constitucionales, preside y no gobierna.»

«Habría el Sr. Azcarate un *speaker* admirable en Inglaterra o un gran fiscal excelente en los Estados Unidos. Aquí, para las masas y las energías republicanas, en vez de un aglutinante es un disolvente.»

«Suponemos, después de lo de ayer, que el futuro de la minoría republicana se limitará en lo sucesivo a una mera presidencia de edad.»

«Claro está que nada nos va ni nos viene en esta liti, y que serán los intereses directos quienes resuelvan según les acomode.»

«Solamente hablamos a título de demócratas independientes y verdaderos, dolidos de ver cómo se desperdician, para el único fin común, fuerzas tan grandes y alientos tan generosos. Lástima que el pueblo no tenga mejores o más discretos caudillos.»

«Pase de nosotros ese cáliz, que mejor pudiera tomarse lebrillo.»

«Y buena pro les haga a los catalanistas de ambas ramas—con quienes dijimos hace bastante más de un año que no se podía ni se debía volver a tratar—el auxilio activo del Sr. Azcarate y el pasivo del Sr. Iglesias.»

«No por eso rescusará la Solidaridad, ni impedirá los conservadores, los jesuitas los ingleses, que se habla aquí de deber hablar de lo que, durante los meses de julio y octubre de 1909, aconteció en Barcelona.»

\*\*\*

Joaquín Dicena titula su crónica «Por la espalda», y afirma que la Conjunción republicana ha recibido de los Sres. Azcarate y Pablo Iglesias una puñalada por la espalda. Venimos a reproducir algunos párrafos de esta crónica, por no disponer de espacio para copiarla íntegra:

Ignoro qué pensarán, qué dirán los republicanos, mis correccionarios; los socialistas, mis hasta hoy compañeros.

«No he hablado con ninguno. La impresión va directa desde mi cerebro a mi pluma; y la impresión es dolorosa. Leo, releo un periódico y otro, y me sigue pareciendo mentira que hombres tan inteligentes, tan respetados, tan patrióticos como Azcarate y Pablo Iglesias, hayan cometido tal grave error político, hayan cogido por la punta, para rendirle, el arma que debieron empuñar fuertemente para combatir.»

«Porque, tiene razón Lerroux, decirle a él, jefe de un partido, lo que ayer le dijeron Azcarate e Iglesias, es expulsarlo de la minoría republicana; es destruir la Conjunción. Otra de todas las izquierdas antimonárquicas era y debía ser; trama compacta, sólida. Sólo así podía resistir e imponerse. Suelto en la trama un hilo, apuntado en ella un jirón, fácil es la desgarradura.»

«Hubo razón para que a tan graves extremos llegaran Azcarate e Iglesias? ¿Llegaron al Congreso pruebas documentadas, inquisiciones minuciosas que demostraran iniquidad, torpeza en los concejales lerrouxistas; defensa en pleito malo por parte de Lerroux? No; no hubo pruebas; hubo discursos, acusaciones de unos a otros. Bien valía la pena de aguardar. Propio era hacerlo así en varones prudentes. Iglesias y Azcarate pecaron de impaciencia. Triste impaciencia, que hoy lleva el dolor a las almas republicanas y mañana llevará la desesperanza y el desaliento a todos los amantes de una España nueva, regenerada y libre!»

«Siempre igual en la historia republicana... ¡Los de abajo, anonotando materiales para el edificio, levantándolo a fuerza de puños; los de arriba, cruzándose de brazos»

«Después, ya en los pasillos, la inquisición curiosa de los que apenas tenían incompletas noticias del curso de la polémica, el comentario apasionado de contentidos y afines, LA MAL DISIMULADA ALEGRIA DE LOS CONSERVADORES y el enojo visible de no pocos republicanos, que no acertaban a explicarse cómo en materia tan grave cual una excomunión política, que puede lastimar la honorabilidad de toda una Corporación local y de todo un partido, los Sres. Azcarate y Pablo Iglesias, representantes de una CONJUNCIÓN DE ELEMENTOS HETEROGÉNEOS, pudieron pronunciar un fallo de inmensa trascendencia SIN RECARAR PREVIAMENTE LA CONFORMIDAD, SIN CONSULTAR SIQUIERA a los diversos grupos parlamentarios que integran la Conjunción socialista-republicana.»—(Heraldo de Madrid.)



linimiento. Durante todo el debate de la huelga de Bilbao se mostró en abierta contradicción con el jefe de los socialistas, los insistentes parlamentarios de Rodríguez Soriano le suel el alar de los nervios; ayer rompió con dos frases, secas y frías, la conjunción republicana. Alma y corazón se le van tras los dispersos solidarios catalanistas, como si hubiera creído en herencia el ardor que inflamó a Salmerón en los últimos años de su vida, haciéndole preferir la jefatura de aquellos elementos a la de sus correligionarios de siempre.

«¿Cuál será el resultado del acto de ayer? Por lo pronto, y en el aspecto más personal, el Sr. Azcarate ha reconquistado la admiración y el afecto de mauristas y ciervistas. Los que hasta ayer le faltaban al respeto, vuelven a llamarle anoche el íntegro, el honrado varón. Más antes también le aplaudían los mismos adjetivos, pero con letra bastarda.»

«Después de estas declaraciones, al señor Lerroux sólo le quedaba por hacer lo que en el acto realizado se le había exigido: que su convicción con la minoría era, a partir de aquel instante, imposible. Luego habló sobremanera a la opinión, declinando la responsabilidad de la ruptura de la Conjunción republicana y recogió las que le pudieran caber en todo lo demás.

«De los actos que posteriormente realizaron los diputados radicales, damos aparte circunstanias de poca importancia. Nos parecen lógicos los acuerdos y justificada la protesta por la forma en que el Sr. Azcarate había procedido. Fueron los que fueron los deberes de conciencia del jefe de la minoría, el Sr. Lerroux y los diputados que le siguen formaban parte integrante de la minoría misma; y lo menos que tenían derecho a esperar es que no se les despidiese con una fórmula que parezca dictada por el Sr. Cierva. Bien se observó hasta qué punto satisface a los mauristas la pauta seguida, por el recogido desbordado que les produjo. Las consecuencias de lo ocurrido las sintetizaba un ex ministro conservador en esta fórmula: «Esta es—decía—la justificación de la política de Maura.»

«En cuanto a los solidarios, el suceso de ayer es el primer destello de las amarguras de diciembre de 1907, punto de arranque del rápido fracaso de su intento de dictadura. Telégrafo y teléfono transmitieron anoche por sus hilos a Barcelona los rosicleros de nuevas esperanzas. Así como para ciertos conservadores el suceso parlamentario significa la posibilidad maurista en el horizonte político, para los amigos de los radicales se traduce en la ambicionada posibilidad del desquite y la soldadura de lo que estaba quebrado, roto. Todo confirma nuestra creencia, anteriormente expuesta, de que en el fondo de este debate, y a poco que se revelen la cal, el cemento, el yeso y las aguas, encontrará el observador más distraído la más desenfrenada pasión política.

«Más que las probables consecuencias en el campo republicano, nos preocupan las que pudiera tener el acontecimiento parlamentario que comentamos, en el campo catalanista. Si creyéramos en la resurrección del absurdo solidario, cualquier expresión de sentimiento nos parecería débil. No hemos combatido con todo nuestro aliento aquella organización funesta, para ver ahora con indiferencia el nacimiento de un nuevo brote. Tampoco veríamos sin amargura la caída o la ejecución del Sr. Lerroux, si en realidad lo ocurrido en el Congreso significara una condenación definitiva y, sobre todo, justa; porque los que ayer nos alegrábamos del triunfo de los radicales en las urnas de Barcelona, hoy significan el vencimiento de unos elementos que creíamos nocivos para la patria, no podríamos experimentar regocijo al ver hoy humillados y justamente repudiados a los que entonces ganaron una victoria que nos fue grata. Creyendo en la inmortalidad o en la inepia de los radicales, nuestra amargura sería doble. Pero nosotros, menos avisados que los que han fallado en firme, no tenemos, ni hemos adquirido la seguridad del juicio del Sr. Azcarate. Los odios, los rencores han velado demasiado el debate para que sea tan claro en él que podamos fallar con entera tranquilidad.

«Al regocijo maurista le ha faltado el complemento que ambicionaba. La discreta actitud del Gobierno de la mayoría liberal, excitados todos estos días para que contribuyeran a lo que se llama la ejecución de Lerroux, ha frustrado en algo el triunfo a los conservadores. Tan ciegos están, que se lanzan anoche furiosamente, en su Prensa, contra el ministro de la Gobernación, que nunca ha estado tan dentro de la ley, en sus breves declaraciones, como en la tarde de ayer. Exigir la sentencia parlamentaria a quien tiene que fallar administrativamente los recursos, es el colmo de la insensatez. Pero se necesitaba ese colmo para penacho de la jornada, y no consiguiéndolo, mauristas y ciervistas alborotan indignados. Son vicios del éxito. Debe bastarles el concurso del Sr. Azcarate. Pero no es cosa para verlos todos los días contemplar al unísono con los conservadores, al jefe del republicanismo nacional.»

\*\*\*

El diario liberal *La Prensa*, luego de narrar lo sucedido ayer tarde en el Congreso y de gloriosarlo con imparcialidad, concreta su opinión en la forma siguiente:

«Pero entretanto la opinión pública comenta el suceso, y no lo hace nada favorablemente, ni al hecho de haber traído al Parlamento nacional asunto tan de interés circunscrito a Barcelona, ni a la pasión con que los enemigos de Lerroux le tratan, ni a la simpatía con que los conservadores oyen y apoyan, dentro y fuera del Congreso, todo cuanto en su perjuicio dicen los antiradicales de Barcelona.

«Estos y los conservadores han descubierto demasiado su juego, y no pueden disfrazar el móvil en que han inspirado su conducta los Sres. Azcarate y Cierva, que es otro que el de reñir un duelo a muerte con Lerroux, a la faz del país, con la solemnidad de un aparato debate parlamentario, y en el cual desapareciera para siempre uno de los combatientes.

«Mal enemigo tienen los antiguos solidarios, el jefe de los radicales es un luchador temible, sereno en los momentos más difíciles, dueño de sí mismo en todo instante, aprehendido a la defensa y al ataque. Y además de todo eso tiene (digámoslo sin hipocresías ni disimulos) en favor suyo su espantoso frente al catalanismo de sus adversarios, y esa ha de ser una gran fuerza siempre que se enfrente con ellos en una cuestión política, aunque en esta ahora sea la que quiera envolver en una cuestión de moralidad, acerca de la cual el Gobierno, cuando llegue el momento de su intervención, resolverá en justicia, prescindiendo de los incidentes de este debate, sin inclinarse ni a uno ni a otro de los enconados adversarios.»

Cuando los Sres. Sol y Ortega, Urzáiz y Sánchez de Toca, seguidos por un formidable movimiento de protesta de toda la opinión honrada de España, acusaron a los conservadores de escandalosas inmoralidades cometidas en asuntos como el de la escuadra, el Sr. Azcarate se negó a tomar parte en la manifestación celebrada en Madrid por todo el pueblo, pretextando que aún no había tenido tiempo de formar juicio definitivo, no obstante haberse pronunciado centenares de discursos y haberse leído por la Prensa republicana una información nacional que coronó Costa con un escrito maravilloso. Ahora le ha bastado al Sr. Azcarate oír dos discursos, basados en cifras inexactas, para condenar rotundamente a la fracción más importante del partido republicano español.

## Impresiones y comentarios

La sesión deslízase lánguida. El ministro de la Gobernación repuso la cuestión en sus términos, y el Sr. Carner trató en seguida de justificar la apelación que los autonomistas hacían al Poder central. Emiliano Iglesias puso con breves frases contra a su discurso, dejando en pie todos los irrebatibles argumentos aducidos en pro de la administración de Barcelona y todos los abrumadores cargos con que flageló a los solidarios y a sus consocios los mauristas.

Del banco azul había desaparecido el señor Canalejas. Ningún otro diputado solidario había pedido la palabra. Ni siquiera aquellos a quienes las acusaciones directas y documentadas obligaban en cualquier momento a levantarse, aunque no fuera para otra cosa que para poner un rotundo mentís a las imputaciones. Los que durante el debate habían pedido la palabra, se les veía en la disposición de que han renunciado a hacer uso de ella. El mismo Ventosa guardó silencio. Algo pasaba de extraño. Terminó nuestro amigo Emiliano Iglesias su contundente refutación, y el conde de Romanones, distraído con la charla de Cierva, hizo más abrumadores y desasosados los momentos. En los bancos solidarios se notó impaciencia. En los conservadores, el temor de que no se realizara algo. Y sin que nadie supiera a ciencia cierta lo que iba a suceder, todo el mundo fue presa de presentimientos que no se definían, pero que sobrecogían el ánimo de todos.

Romanones puso al fin término a la zozobra general, al decir:

—El Sr. Azcarate tiene la palabra.

Esto dijo el conde volviendo la cara hacia la Cámara, y Cierva, sin despedirse, descendió aceleradamente de la presidencia, dirigiéndose a su escaño. Tuvo tiempo para llegar y sentarse. Por el camino cruzó una mirada de inteligencia con los solidarios, y al subir a su asiento una de satisfacción con Maura. Se hizo un silencio absoluto. Ya sentado Cierva, Azcarate comenzó sus palabras. Cuantos le oyeron, balbuciente y dejando divagar los ojos, creyeron que el trance no pasaría de una hábil salida parlamentaria. El premio de fundiendo el concepto de la autonomía expuesto por los solidarios, causó general asombro, que se convirtió en estupefacción cuando el íntegro varón que por deconocimiento de los asuntos tuvo la prudencia de no concurrir a la manifestación contra Maura, declaraba seca, escuetamente, que el Sr. Lerroux no le había convencido. Hubo un escalofrío general. La sensación de la cuchillada que penetra artera en las entrañas del conde, fue por todos sentida. Todas las miradas convergieron con simpatía hacia Lerroux. Sentóse Azcarate, y solidarios y conservadores volvieron a mirarse. Aun no había terminado el acto preparado en el misterio.

Pablo Iglesias levantóse, en medio de la expectación general, a decir sustancialmente lo mismo que el jefe de la minoría republicana. Los movimientos impulsivos del auditorio, que llenaban todos los espacios de la Cámara, se produjeron con más intensidad.

El momento fue de una solemnidad imponente. La víctima que se ofataba levantóse. Con seguridad que todos pugnaban en sus espíritus por transmitirle lo que hubieran hecho en semejante situación. La solidaridad por el bien flotaba. Los corazones se encogieron ante el temor de que Lerroux no acertara a confundir a los adversarios que tal celada le habían preparado. El momento fue de una grandeza, que impuso el respeto aun a los que querían gozar de la anulación de nuestro jefe. Sereno, tranquilo, sin jactancia, pero con firmeza conmovedora, habló, puesta la vista en la Patria y en la Libertad, con dignidad soberana, requiriendo la rectificación de juicios formulados sin ninguna garantía. Ni un soplo turbaba la majestad del silencio. Azcarate, forzado de tan diestro modo, mascullo para los que le rodeaban palabras que la alegría de Cierva significó a los que no le pudieron oír, que se había rendido a su manobra. Pablo Iglesias, arrancado también de su helante frialdad, tuvo que confesar que no tenía fundamento su apreciación.

De nuevo alzóse Lerroux, y entonces la emoción simpática de que es objeto todo el que es víctima de una arteria incalificable, le envolvió. La víctima convirtióse en coloso. Ni un reproche, ni una censura. La tranquila conciencia de un hombre sincero apartóse serenamente de la curiosidad de los que, aparentando amistad, pretendieron herirle por la espalda, declinando con noble continente toda responsabilidad y teniendo afilados supremos para afirmar el credo de su vida.

La Cámara quedó suspensa ante tanta grandeza, y satisfecha como si se hubiera arrancado una pesadilla.

Terminó el debate, y Lerroux salió, seguido de sus amigos, tranquilos todos, unidos al jefe, rodeándolo, como si quisieran renovar en circunstancias tan extrañas para los hombres que estiman en algo la relación social, no su adhesión, sino su cariño. Al llegar al pasillo, cien manos, conmovidas, estrecharon la de Lerroux. Las tribunas se desbordaron, y los que pudieron descender al Congreso lo hicieron con precipitación, como si les faltara tiempo para compensar con sus simpatías la amargura de una acción repugnante.

Lerroux, sonriente y tranquilo, entró, seguido de los suyos, en la Sección tercera, produciéndose una escena conmovedora. Antes de que hablara, se le abrazó por todos, y sólo entonces vimos conmovido a Lerroux.

\*\*\*

El acto realizado por los Sres. Azcarate y Pablo Iglesias produjo enorme sensación en el Congreso.

Al terminar sus últimas palabras, todos los diputados abandonaron el salón y salieron a los pasillos.

Hacia mucho tiempo que no había en el Congreso una agitación semejante. Todos los diputados, políticos y periodistas formaron grandes grupos, en los que se discutía y se gritaba apasionadamente. En pocos momentos, el salón de conferencias, el bufet, los pasillos y escritorios eran un hervidero. Muy pronto surgieron cuestiones e incidentes entre los que defendían y atacaban al Sr. Azcarate. Del Senado salieron muchos señores, que se dirigieron al Congreso, al saber la noticia, pues en la Alta Cámara produjo enorme sensación y ya no se hablaba de otro asunto.

Todos los comentarios eran de enérgica censura para el Sr. Azcarate, condenando la inhabilidad tendida por el anterior diputado.

Considerábase fracasada desde ese momento la Conjunción republicano-socialista, y un rudo golpe para el partido republicano el ocasionado con ese acto.

Contrastando con todo esto, iban gozosos y contentos los catalanistas y los conservadores.

Considerábase fracasada desde ese momento la Conjunción republicano-socialista, y un rudo golpe para el partido republicano el ocasionado con ese acto.

Los más íntimos de Maura y de Cierva no

ocultaban su alegría, y decían que el partido conservador se había acercado al Poder, de un salto, más de dos años.

Calificábase de histórica y de memorable la sesión de ayer y de resultados trascendentes para la política española.

Los más viejos hábitos del salón de conferencias no recordaban excitación parecida a la que ayer tarde se produjo al ocurrir la excomulgación del insignificante radical, D. Alejandro Lerroux. Este salió rodeado de los diputados radicales. Iba sereno, tranquilo, con esa ecuanimidad que le caracteriza. Infinitas personas, pertenecientes a distintos partidos políticos, se acercaban a felicitarle y a ofrecerle para todo. A las preguntas que se le hacían respondía sonriendo: «Es una intriga, es una intriga que yo esperaba. Era inevitable, había de suceder así.»

En un grupo de significados liberales, en el que figuraban algunos que habían ocupado altísimos cargos, decían que lo hecho por Azcarate era incalificable: habían dado un triunfo a los catalanistas, enemigos de la Patria. Añadían que había sido víctima de las maniobras de los radicales.

El ilustre periodista Sr. Comenge decía en alta voz ante sus amigos:

«Con el acto de hoy se ha justificado el asesinato de Ferrer. Han necesitado menos los Sres. Azcarate y Pablo Iglesias para enjuiciar y sentenciar a Lerroux, que Maura y Cierva para condenar a Ferrer.»

El ex ministro liberal Sr. Villanueva, con la sinceridad que le caracteriza, censuró la actitud de Azcarate e Iglesias, y decía que era un verdadero partido el cometido por D. Guzmán de Azcarate, añadiendo que en treinta años de vida política no había visto cosa igual.

El ex fiscal del Tribunal Supremo Sr. Gómez de la Serna decía que si Azcarate, en su despacho de abogado, aplicaba el mismo criterio que el aplicado en esta cuestión, no haría jamás bufete.

Un alto personaje de la actual situación decía que, después de lo sucedido ayer, la minoría republicana había quedado dividida en dos grupos: la minoría republicano-maurista y la republicana radical.

El marqués de Mariano, alcalde de Barcelona, decía públicamente:

«¿Qué hará el Sr. Azcarate si ahora se aprueba el asunto de las aguas de Barcelona? Es una ligereza incomprensible.»

Un prestigioso y concienzudo periodista que ocupa cargos políticos y se distingue por su exacta cultura, decía en una de las mesas del bufet del Congreso:

«El acto de Azcarate me recuerda aquella anécdota de Catón y César. Se levantó Catón en el Senado para condenar la vida crápula del César. Cuando más fogoso era su discurso, y dirigiéndose a él le recriminaba duramente, César recibió unas tablas, las leyó, y en medio de la expectación de los senadores romanos, dijo: «Que las lea Catón! Este las leyó, y arrojándolas al suelo, gritó: ¡Borrachas! Las tablas eran una cita que su misma hermana daba a Catón para celebrar un incesto.»

El asesino de Ferrer, Sr. Cierva, no podía ocultar su alegría: iba de grupo en grupo recibiendo felicitaciones, como si fuera el héroe del debate.

Ante un numeroso coro de periodistas dijo entusiásticamente: «¡Hoy han quedado dos cadáveres en el hemiciclo: el de Lerroux y el de Canalejas. ¡Que los entierren juntos!...»

A las siete y media de la tarde los comentarios, vaticinios y discusiones subían de punto, y el Congreso ardía en pasiones exaltadas.

En los Casinos que frecuenta la gente política, y aun los que no conculgan en ideales políticos, no vacilaban en decir que constituía un acontecimiento histórico, y que tendrían graves y trascendentes consecuencias en la marcha pública española.

En los Casinos republicanos la efervescencia anoche fue grandísima.

Todos los Centros estuvieron llenos de socios.

Entre los republicanos se originaron grandes discusiones y se formularon enérgicas protestas.

También se tomaron acuerdos reservados y se iniciaron ideas de homenaje a Lerroux y de organizar actos de adhesión a su política.

En teatros y cafés las conversaciones versaban sobre el mismo asunto.

Los periódicos de la noche eran arrebatados de manos por los vendedores.

El RADICAL se agotó en cuanto salió a la calle.

En los cafés populares el público pidió que se tocara La Marsellesa, y prorumpió en vivas estruendosos a Lerroux.

Como prueba del efecto que la noticia ha producido entre el público en general, diremos que, no ya sólo en los barrios populares, sino en los cafés del centro de Madrid, en el Colonial, de la Paz, Universal, Nueva España y otros, aparecieron escritos en las mesas de mármol numerosos letreros de viva Lerroux!

En el Ateneo produjo sensación lo ocurrido. La mayoría de los ateneístas se pronunciaron favorablemente para el Sr. Lerroux.

Los Sres. Ortega Gasset, Arantave, Barrio Pérez de Ayala, Luis de Tena y otros muchos distinguidos intelectuales, exteriorizaron su protesta al Sr. Azcarate, censurándole enérgicamente.

A provincias, los corresponsales de la Prensa remitieron extensas informaciones, contando lo ocurrido.

Nuestra Redacción, como verán los lectores en otro lugar, han acudido infinidad de personas para manifestarnos su adhesión. Estamos satisfechos de las pruebas de amistad recibidas.

Los concejales radicales

Anoche se reunieron en el Casino Radical de la calle del Príncipe nuestros queridos amigos D. Eduardo Trompeta, D. Silvestre Abellán y D. Soler Pascual.

Se mostraron los tres conformes en absoluto con la conducta observada por el jefe del partido, y acordaron ratificar de nuevo su confianza y su adhesión a la política del partido que dirige D. Alejandro Lerroux.

Seguendo la conducta de los diputados radicales, acordaron constituir la minoría radical en el Ayuntamiento, separándose de la minoría republicano-socialista, a la que han pertenecido hasta ayer.

Estos acuerdos serán comunicados a los compañeros de concejalia, con los que guardaremos las consideraciones de respeto que el Sr. Lerroux ha fijado también para la vida parlamentaria de la minoría radical.

Los Sres. Trompeta, Abellán y Soler Pascual visitarán a D. Alejandro Lerroux para notificarle estos acuerdos y ratificarle nuevamente su adhesión.

Las consecuencias de lo ocurrido las sintetizaba un ex ministro conservador en esta forma: «Esta es—decía—la justificación de la política de Maura.»

(El Imparcial.)

## Aquí no ha pasado nada

### ACTA

Reunidos los Sres. D. Ramón Mayner y D. Manuel Hilario Ayuso, en representación de D. Laureano Miró, y los señores D. Ignacio Santillán y D. Carlos Barranco, en la de D. Ricardo Fuente, para entender en la cuestión suscitada entre ambos con motivo de un artículo que publica EL RADICAL en su número de anoche, titulado «La cobardía de Miró», declararon los representantes del Sr. Fuente que, aunque su apadrinado no es el autor de dicho trabajo periodístico, asume su responsabilidad y se hace solidario del mismo, como director que es del diario en que se insertó.

Asimismo hacen constar que el planteamiento de esta cuestión no ha de entorpecer de manera alguna las campañas por EL RADICAL iniciadas, o que estime oportuno desarrollar en lo sucesivo, así políticas como personales, en defensa del credo y representación que ostenta en la Prensa española.

Aceptadas estas afirmaciones por los señores representantes de D. Laureano Miró, y a invitación de los del Sr. Fuente, se procede a estudiar por ambas partes el fondo del asunto, conviniendo unánimemente en que del artículo objeto de estas gestiones sólo se desprende verdadera ofensa para el Sr. Miró, por la forma en que fue titulado; pero que esto mismo se desvanecía por las circunstancias especiales en que se redactó, cuando la pasión política, encendiendo los ánimos de los amigos del Sr. Miró y los del Sr. Lerroux, cuyas ideas defende EL RADICAL, acababa de lanzar a ambas partes por derroteros de violencia lamentabilísima. Estas consideraciones atenúan el incidente que se discute, pues en circunstancias normales no se hubiera debido emplear la palabra «cobardía», siempre infundada, tratándose de caballeros como los Sres. Miró y Fuente, cuya honorabilidad se complacen ambas representaciones en reconocer y proclamar.

Estiman, por consiguiente, que, después de aclarados los hechos en la forma expuesta, deben sus representantes someterse al juicio y fallo de los firmantes, dando por terminada la cuestión entre ellos pendiente.

Así, en conciencia, le declaran y firman en acta duplicada—de la que los interesados podrán hacer el uso que estimen conveniente—en Madrid, a veinte de diciembre de mil novecientos diez.—Ignacio de Santillán, Manuel Hilario Ayuso, Carlos Barranco, Ramón Mayner.

«El Universo» dice que Azcarate y Pablo Iglesias pusieron ayer el sello a la condenación del lerrouxismo, no a la prueba, que no lo necesitaba.

Es una nueva edición del sistema jesuítico de encausar. «¿Pruebas?—decía el fiscal de Montjuich.—Cerremos los ojos a la razón.» «¿Pruebas?—replicaba el fiscal de Ferrer.—¿Para qué? Los reaccionarios no necesitan nunca pruebas para condenar a quien les estorba.

El Sr. Azcarate está, desde hace tiempo, mucho más identificado con los mauristas que con sus propios correligionarios.

(El Imparcial.)

«¿Cuál será el resultado del acto de ayer? Por lo pronto, y en el aspecto más personal, el Sr. Azcarate ha reconquistado la admiración y el afecto de mauristas y ciervistas. Los que hasta ayer le faltaban al respeto, vuelven a llamarle anoche el íntegro, el honrado varón. Días antes también le aplicaban los mismos adjetivos, pero con letra bastardilla.»

(El Imparcial.)

Nota oficiosa

Terminado el debate sobre la Administración municipal de Barcelona planteado por el diputado catalanista de la derecha, Sr. Ventosa, y el diputado catalanista de la izquierda, Sr. Carner, se han reunido los diputados del partido Radical, Sres. Lerroux, Giner, Salillas, Iglesias, Alborno, Azazzi y Barral, presentes en Madrid.

Después de cambiar impresiones sobre el acto realizado por el presidente de la minoría republicana, Sr. Azcarate, que se ha reconocido por todos como una sorpresa inusitada, han acordado lo siguiente:

1.º Que perteneciendo los diputados de la minoría radical a la minoría parlamentaria de Conjunción republicano-socialista no han sido invitados a reunión alguna, ni avisados para ella, a fin de tratar previamente—como parecía obligado, por toda clase de deberes sociales, políticos y civiles—de lo que el Sr. Azcarate se proponía hacer.

2.º Que dos diputados radicales, los señores Salillas y Lerroux, forman parte del Comité nacional de Conjunción republicano-socialista, y habiendo éste celebrado sesión el miércoles último, allí no se planteó esta cuestión.

3.º Que ninguno de los diputados radicales, ni siquiera los de Barcelona, ni tampoco el Sr. Lerroux, han sido avisados, ni notificados ni requeridos para hablar de la administración municipal puesta a debate.

4.º En consecuencia de los antecedentes que preceden, los diputados presentes suscriben y ratifican las declaraciones hechas por el Sr. Lerroux al contestarle al Sr. Azcarate.

Mantienen y recaban la personalidad del partido Radical en su representación parlamentaria; hacen individual y colectivamente ratificación expresa y entusiasta de su adhesión al Sr. Lerroux, como amigo y como jefe del partido; le otorgan un voto amplio de confianza y declinan toda responsabilidad por las consecuencias políticas que pueda tener el acto del Sr. Azcarate, eliminando de la minoría republicana del Congreso a los diputados radicales.

El Sr. Lerroux, con sus compañeros de minoría dirigirá un manifiesto a los republicanos y comenzará inmediatamente una campaña de propaganda y organización.

(El Imparcial.)

## Plebiscito nacional

### Por telégrafo, teléfono y correo

El acto realizado por los Sres. Azcarate y Pablo Iglesias es de los que labran honda huella en el alma nacional, y ha de tener trascendencias que nos abstenemos de profetizar, porque irán surgiendo muy pronto.

El estado de la opinión comienza a manifestarse de varias maneras. Nosotros vamos a recoger esas manifestaciones y comenzamos hoy por las telegráficas y postales; mañana incluiremos también los actos personales de adhesión o simplemente de simpatía que realicen individual y colectivamente los republicanos.

Esto tendrá el valor positivo de un plebiscito nacional.

Peró para que no lo empañe, ni lo aminore, ni lo degrade cosa alguna impropia de la solemne importancia del hecho, rogamos a todos que imiten nuestra conducta, prescindiendo de palabras injuriosas, de conceptos que no dan, sino que, por el contrario, quitan fuerza a la protesta.

Nosotros modificaremos aquellas manifestaciones que no se ajusten a esta norma o prescindiremos de su publicación.

Una carta de Mariano de Cavia

Sr. D. Alejandro Lerroux.

Mi querido amigo: Dos palabras nada más de protesta contra el insólito pero contraproducente atentado de que se ha querido hacer a usted víctima, y un fuerte apretón de manos de su buen amigo, Mariano de Cavia.

También hemos recibido extensas y numerosas cartas, cuyo número y extensión nos impide, a pesar nuestro, publicar.

No pudiendo publicarlas todas íntegras, daremos extractos de muchas de ellas, haciendo en todo caso constar el nombre de los correligionarios que nos acordaron la continuación de damos dos interesantes cartas de los Sres. D. Federico Foyo y el doctor D. Federico Amat. Mañana daremos los nombres de los firmantes de las cartas que en estos momentos llegan a nuestras manos a centenares.

Sr. Director de EL RADICAL.

Muy señor mío y distinguido correligionario: Desde que dejé de pertenecer a la Junta Unión republicana del distrito de Palacio, de la que fui dos veces secretario general, formé el propósito de abstenerme de toda la política, siempre consecuente con las ideas, pero con el ánimo de no afiliarme a ninguna fracción del campo republicano.

Ahora bien, Sr. Director: enterado del hecho inefable cometido por el Sr. Azcarate y Pablo Iglesias contra la personalidad del Sr. Lerroux y el partido que dirige, claro por su mediación ni más enérgica protesta, y ésta es tal, que hace que me aleje del retraimiento que anteriormente dejé dicho, afiliándome desde la fecha al partido Radical, considerándome muy orgulloso de tener por jefe a tan gran personalidad como el Sr. Lerroux.

Para terminar, creo que ustedes, los radicales, y yo hoy como tal, estamos de enhorabuena por el hecho del Sr. Azcarate lo empujé, mientras que al jefe lo engrandeció.

Aprovecho, Sr. Director, esta ocasión para ofrecerle de usted suyo atento servidor y correligionario, q. l. b. m., Federico Foyo.

Madrid, 21 de diciembre de 1910.

Sr. D. Silvestre Abellán.

Mi distinguido correligionario y amigo: Si los Sres. Azcarate e Iglesias rompen, cometiendo un verdadero partido, la Conjunción republicana, lo que el Sr. Azcarate me decía el insignie Galdós, aprieta sus filas para unirse más estrechamente a D. Alejandro Lerroux.

Y yo, que pertenecía a esa masa, aunque por motivos fútiles estuviera un tanto distanciada de ella, me pongo de nuevo a sus órdenes y a las de nuestro indiscutible jefe. Queda siempre de usted atento y seguro servidor, q. l. b. m., Doctor Federico Amat.

Madrid, 21 de diciembre de 1910.

ALICANTE, 21. Para usted nunca faltan traidores.—Colomina, Varrichena, Costa, Santiago Jordá.

BARCELONA, 21. La injusticia con usted cometida, con ser enorme, no iguala nuestro entusiasmo y adhesión, ahora más incondicionales que nunca.—Por los socios de la Casa del Pueblo: Vila, Colom, Jiménez, Buscato, Simó, Haasse, Valcárcel, Cribert, Isarn, Viló, Ortaño, Bassas, Vallesca, Adell, Dado, Beltrí, Guardia, Serra, Carreras, Garrida, Muñoz, Andera, Juncosa, Valls, Llonch y Senora; Vila, Serra, Villegas, Bellán, Pung, Marco, Mir, Suredas, Vidaurte, Pichot, Jiménez, Iserte, Fernández, Macía, Pedro, Alguero, Matallana, Valls, Rocha, Olivé, Jariot, Puig, Villalobos, Pueyo, Gida, Samarra, Casals, Usell, Rodés, José Pedre, Vidal, Vizarondo, Puig, Marroel, Escudé, Herrera, Belast, Chalmel, Sierra, Rizo, Boix, Arias, Aldabo, Pérez Guasch, Jaime Belast, Casanova, Jaime Marco Vila, Fainet, Domingo Sanjosé, Martí, Velasco, Servent, Durán y Pau.

HUELVA, 21. A usted y a Emiliano Iglesias enviamos nuestra entusiasta felicitación por la valiente campaña del Congreso. Cuanto más le ataquen, más le apoyarán los republicanos.—Diego García.

ZAMORA, 21. Ahora más que nunca, si cabe, cuente con el cariño y con la adhesión de estos amigos para escupir a esos farisantes.—Ayuso.

PORT-BOU, 21. Los radicales de Port-Bou felicitan a usted y a Emiliano Iglesias por su defensa del honor del partido Radical frente al contubernio solidario-maurista.—Jaime Villarraso.

BARCELONA, 21. Felicitantes particularmente, en nombre de la rebeldía, por sus admirables discursos de energía ante los desplantes de Miró.—José y Rafael Ullé.

CACERES, 21. La Juventud Radical le felicita ardorosamente por la elocuente y documentada defensa de la gestión partidaria de la mayoría del Ayuntamiento de Barcelona contra las despreciables difamaciones. Alentado por todos, prosiga su labor de redención.—El presidente, Zanca.

BARCELONA, 21. Los socios de la Fraternidad Republicana de Pueblo Seco alientan a que siga la lucha. Cuanto más se ataca a usted, mayor será el cariño por nuestra parte.—Belajera, Alcantar y Rosell.

CORDOBA, 21. Sigue confirmándose el dicho Estévez: rompa con traidores, difamadores e intrigantes.—Sola, Vaquero, Molina y otros.

HUELVA, 21. Los radicales, entusiastas y fervorosos de usted, le felicitan por su magnífico aliento defendiendo el noble pre-

ceder y la recta administración de la mayoría radical de Barcelona.—Cecilio Romá, Alfonso Morán, Rafael Alfaro, Manuel Ramos, Mariano Torres, Manuel Toscano, Joaquín Real, Simón Gómez, Manuel Gascón, Pina, Miguel González, Miguel Cadenas, Antonio Gando, Juan Buendía, Abelardo Rómulo, Enrique Suro, Carlos Agel, Enrique Gómez, José Barba, y sigue las firmas.

SEVILLA, 21. Tributo al amigo y jefe aplauso y adhesión.—José Alías.

SEVILLA, 21. Concejales radicales felicitan a Lerroux e Iglesias por su actitud valiente frente a las damiselas catalanistas.—Seco, Barrio.

BARCELONA, 21. Unión Radical grietense: Los socios reunidos acuerdan reiterarle su adhesión, estando conformes con la frase de Estévez, que mientras Lerroux conspira contra la monarquía, algunos republicanos conspiran contra Lerroux.—Sala, revolución.—Basi, Redondo, Ferrer, Alcantar, Oliart, Torres, Huguet, Pallés, Casas, Parera, Concas, Belar, Bruguera, No mas, Ferrer, Duaso, Galceran, Bayo, Canellas, Pol, Barrata, Costa, Rodés, Dulcet, Bondía, Sola, Gill, Gorrea, López Jon, Pérez Isena, Gracia, Roiz, Piera, Armadans, Mas Cassat, Moyano, Llane.

ALICANTE, 21. La Juventud Republicana Radical le felicita por la brillante defensa de la mayoría radical del Ayuntamiento de Barcelona.—Presidente, Tomás.

BARCELONA, 21. Segundo desengañado, iniquidad consumada. El pueblo catalán (Viva el jefe)—Bonet, Alférez, Rosas Alférez.

BARCELONA, 21. En los casos difíciles se aprecia el afecto. Con serenidad, pero con entereza hasta el fin. Somos siempre de los buenos, estando con usted.—Los dependientes de la Casa del Pueblo, Roig, Reus, Lamoglia, Remigio, Puig, García, Clot, Serrá, Marro, Murillo, Turull, Juncal, Llaia, Vila, Trias, Aznar, Tarrajo, Serra, Manresa, Martí.

BARCELONA, 21. Ahora más que nunca estamos a sus órdenes, aplaudiendo su dirección de los contrarios del republicanismo.—Munús, Carrall, Casany



# Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados por D. Emiliano Iglesias el 19 de Diciembre de 1910

El Sr. Iglesias y Ambrosio (D. Emiliano): Señores diputados, lo mismo el señor Ventosa, que el Sr. Carner en sus interpeleciones, y aun en sus rectificaciones, han procurado apartar del debate todo lo que pudiera ser para el Parlamento la razón del mismo, para circunscribirlo y concretarlo a dos cuestiones que a ellos se les antojan administrativas, y que, en efecto, tienen su parte administrativa, pero que tienen un origen político y su razón de ser fundamentalmente en la política.

Yo quiero recordar a la Cámara en esta breve exposición de hechos que voy a hacer, antecedentes que debe tener en cuenta para juzgar con toda clase de datos las cuestiones, pequeñas unas y otras de gran importancia para Barcelona, que han planteado ante el Gobierno central los acérrimos defensores de la autonomía local.

En mayo del pasado año, a poco de haberse deshecho la Solidaridad, concurrí a las elecciones municipales los tres partidos que nos disputamos allí el predominio y la influencia en la opinión.

Sobaban los de la izquierda para dominar el Municipio, como primer escalón para dominar la ciudad, y ante el Cuerpo electoral cada una de estas fracciones expuso su programa.

Estaba entonces el Sr. Lerroux ausente de Barcelona, y yo tuve el honor, en nombre del partido Radical, de formularlo ante la opinión, que, compenetrada con nuestras aspiraciones, nos otorgó su total representación en el Municipio.

El programa del partido Radical, que yo tuve el honor de exponer ante el Cuerpo electoral y de repetir en la primera sesión de aquel Municipio, se circunscribía a estos puntos determinados: nivelación del presupuesto, municipalización del servicio de gas, y, a ser posible, del de electricidad, higiene de la ciudad, y, por tanto, traída de aguas, limpieza domiciliar y limpieza de alcantarillado, y además, en el orden de la cultura, todo aquello que nos permitiera hacer la potencia económica de aquel Municipio.

Tomamos posesión los concejales elegidos en 1.º de julio.

En aquellas primeras sesiones, y no siendo mayoría nunca, señores diputados, pues por un extraño azar había 25 radicales frente a 25 solidarios, ya que, si bien se dividían en izquierda y en derecha, en regionalistas y en nacionalistas, tuvieron buen cuidado de decir en la primera sesión, y luego de practicar, que estarían siempre unidos en cuestiones que afectaran a los intereses de la antigua solidaridad, resultando de esto que no éramos mayoría, y que si lo éramos en grupo, era una mayoría precaria. Desde el primer momento intentamos desenvolver nuestro programa municipal.

Encontramos las resistencias naturales en aquella casa, primero por el desconocimiento de los nuevos concejales de todo el complicado mecanismo de un Ayuntamiento de aquella naturaleza, y después porque siempre los concejales de nuestro partido encuentran resistencias invencibles en aquellos que debían prestarles la ayuda necesaria para desenvolver sus iniciativas en los altos jefes y empleados de aquel Municipio, que, como todo en aquella ciudad está influido por la pasión, influidos también procuran oponer todas las resistencias posibles, a fin de hacer fracasar la labor de aquellos que en política son sus adversarios. A pesar de esto, nuestros compromisos ante el Cuerpo electoral obligaron a redoblar nuestra actividad, y yo puedo asegurar, y aquí hay testimonios irrecusables de lo que voy a decir, que tal vez jamás Ayuntamiento alguno ha trabajado tanto como aquel Municipio de seis meses, de corta duración por propio ministerio de la ley y por circunstancias de todos conocidos.

Desde el primer momento las resistencias al programa del partido Radical fueron evidentes. Imposible reunir datos y antecedentes para ir a la municipalización del gas, que pretendíamos nosotros por una razón postuma, señores diputados; porque del presupuesto del Ayuntamiento de Barcelona, que fluctúa entre 30 y 33 millones en la última década, no llega a la ciudad más que una tercera parte, unos 12 millones, con los que no hay suficiente para satisfacer todas las necesidades de aquella gran urbe; y como dentro de la ley no tenemos otros recursos, ni puede ni debe ningún partido que estima en algo la dirección de los asuntos públicos estrujar al contribuyente, sometiéndole a nuevas formas de tributación, sino que ha de buscar en las fuentes de la riqueza social los elementos necesarios e indispensables a que tiene derecho para satisfacer las necesidades legítimas de la municipalidad, nosotros queríamos llegar a la nivelación del presupuesto municipal de Barcelona mediante esa clase de ingresos, que no gravando directamente sobre el contribuyente, sobre el vecino, sobre el ciudadano, vendrían a dar una potencia económica a la Corporación municipal que le permitiera desenvolver todas estas grandes iniciativas que están hoy en el telar municipal. Nosotros cuidamos inmediatamente del problema capitalístico de las aguas, estudiado ya en todas sus fases, y nosotros cuidamos, sobre todo, señores diputados, de nivelar el presupuesto, en un Municipio donde el déficit es constante y crónico, y venía siendo anualmente de 5 millones, aumentando considerablemente la deuda hasta ahogar, podríamos decir en papel producido por esta deuda, la solvencia del Municipio. Era cuestión no sólo de honor, sino de vida o muerte para la ciudad, que se nivelara el presupuesto, é intentamos su nivelación.

Pero, señores diputados, nosotros nos encontramos, siendo 25 contra 25, con una organización deficientísima en todos los órdenes de la Hacienda municipal; no podíamos calcular por los antecedentes que había en las oficinas municipales los rendimientos de todos los arbitrios aprobados que podía cobrar el Ayuntamiento de Barcelona; no podíamos tampoco poner en el breve espacio de tiempo que dispusimos de la mitad del Ayuntamiento una energía extraordinaria en la ordenación de estos intereses, porque nos lo impedía nuestra propia inferioridad en cuanto al número y la

propia resistencia de los altos empleados. Era preciso que este programa, iniciado entonces y que yo tuve el honor de exponer ante la Cámara municipal, fuese desarrollado más tarde por una mayoría compacta, unida y disciplinada. Y ved el fenómeno, señores diputados, para que con la ilusión de los hechos vayáis formando juicio y criterio acerca de las cuestiones aquí planteadas.

En el mes de noviembre del propio año celebráronse nuevas elecciones municipales. Entonces, enfrente de nosotros alzóse toda esa muralla de papel de que se hablaba en tardes anteriores; enfrente de nosotros alzáronse también los sentimientos religiosos; enfrente de nosotros alzaronse las Sociedades económicas, y el resultado fué que el Cuerpo electoral, en vez de otorgar su sufragio a toda esa muralla de papel, en vez de otorgar los laureles de la victoria a la plutocracia confabulada contra el partido Radical, el Cuerpo electoral por tercera vez ratificaba su confianza a las iniciativas de ese partido, y ya tenía el partido Radical para desenvolver aquel programa inicial de mayo, no sólo la fuerza del número en el Consistorio, sino también el ambiente de la opinión, porque varias veces, en el seno de aquel Consistorio, debatíase la cuestión de la municipalización, y se nos decía que no había ambiente, y el ambiente estaba ya hecho mediante el "referendum" de unas elecciones.

La primera labor de la mayoría radical tuvo que ser la de ir ordenando su propia Hacienda, y yo, en este sentido y en este aspecto, he de decir, señores diputados, que la labor y el trabajo han sido imprevistos, que, desde encontrarse con libros en que aparecían tachaduras y enmiendas en rentas tan saneadas como la del impuesto de Consumos y haciendo referencia a los grandes almacenes de vinos y de alcoholes; desde tachaduras y enmiendas en estos libros, hasta el desbarajuste total y absoluto en la manera de apreciar el rendimiento de los arbitrios adicionales y de impuestos de distinta clase que para aquel Municipio eran absolutamente necesarios, hallóse la mayoría presa en las redes del desbarajuste solidario. El romper valientemente esas redes había de producir dolores en los privilegiados, y ya lo estamos viendo. Sólo con tal desbarajuste y anarquía es posible explicar, señores diputados, el fenómeno extraordinario que resulta de la recaudación realizada en impuestos y arbitrios por la mayoría radical, con la realizada por los Ayuntamientos anteriores solidarios, puesto que aparece una enorme diferencia, que es claro no he de achacar ni he de poner en mis palabras al juzgarla la menor insidia, pero diferencia bastante elocuente para que se juzgue de una y de otra administración.

En los once primeros meses de este año ha recaudado el Municipio barcelonés por los impuestos y arbitrios de que dispone, muy cerca de 5 millones de pesetas. En el mismo período de tiempo los Ayuntamientos solidarios no recaudaron arriba de 3 y medio millones. En una cantidad de 5 millones, la diferencia de 1 y medio millón, señores diputados, explica perfectamente el total desbarajuste de aquella Hacienda, antes que de la misma se encargase la administración radical.

Y entre estos impuestos y arbitrios, completamente abandonados, estaba este de la cal, yeso y cemento, que aquí se ha discutido.

Ya ha explicado el Sr. Lerroux perfectamente el origen de este impuesto, que no es de la mayoría radical, y la transformación sucesiva que ha sufrido; pero como los argumentos empleados por el Sr. Lerroux no han convencido al Sr. Carner, que en la tarde última hacia aquí como argumento Aquiles, como punto fundamental de su demostración de que ésta era una cuestión administrativa y no una cuestión política, que el Ayuntamiento de Barcelona, por virtud del segundo ofrecimiento de los clientes del Sr. Rodés, dejaba percibir 114.000 pesetas, yo he de decir a la Cámara, para que lo tenga en cuenta y juzgue si es o no una cuestión política, el hecho de que en la Comisión de Consumos figure un concejal perteneciente al partido del Sr. Carner, concejal que firmó, con los individuos de la mayoría radical que forman parte de la Comisión de Consumos, los dos dictámenes que fueron al Consistorio proponiendo el concierto con los fabricantes que hoy le tienen. (El Sr. Corominas: Retiro la firma.) A eso voy precisamente, Sr. Corominas, a la cuestión política, a demostrar que no es una cuestión administrativa; porque mientras fué una cuestión administrativa puso la firma el concejal nacionalista Sr. Tauler, y después la retiró a instancia del grupo de que forma parte, Sr. Corominas, y ahí está la cuestión política clara y terminante.

El Sr. Tauler, que conocía todas las incidencias que aquí ha presentado el señor Carner, porque delante de él se desarrollaron, individuo del partido nacionalista en la Comisión de Consumos, firmó con la mayoría radical el dictamen que fué al Consistorio por primera vez, y el segundo dictamen. Después retiró su firma. ¿Qué quiere decir esto? Que mientras la cuestión fué administrativa tenía la firma del Sr. Tauler, y que, cuando salió de los límites administrativos para ir a los límites políticos, por requerimientos de su minoría retiró la firma.

No ha de ser una cuestión política, señor Corominas, la cuestión del concierto de la cal y del cemento, cuando aquí se habla únicamente de la instancia del señor Balagué, cliente del Sr. Rodés, como si fuera la única que se hubiese presentado enfrente de los fabricantes que tienen el concierto, cuando es notorio y público que no es una, sino que son cinco, las instancias presentadas a este respecto, que fueron rechazadas por la Comisión por faltar de todo requisito para ser estimadas, algunas de ellas de mayor cantidad que la del Sr. Balagué. ¿No ha de ser una cuestión política, si de ella han hecho piedra de escándalo y piedra de toque para pedir la destitución del Municipio unos elementos, y para reclamar el nombramiento de determinados concejales otros elementos,

que se van confabulando en esta protesta, preparada e iniciada por las minorías del Municipio? Yo tengo el derecho de sospechar (no por parte del Sr. Carner, cuya integridad moral reconozco y no había de poner nunca en duda) que la toga del legislador trata de convertirse en toga de abogado; porque, ¿es que no os habéis fijado, señores diputados, en que aquí formulaba el Sr. Carner, rasgando las vestiduras, el hecho de que la mayoría radical, por este concepto, era causa de que el Ayuntamiento dejase de cobrar 114.000 pesetas sobre la proposición aceptada? Y yo pregunto al Sr. Carner: ¿es que os interesa tanto el Municipio? (Los Sres. Carner y Ventosa hacen signos afirmativos.) Si os interesa tanto el Municipio, decidme: ¿qué hubiera ocurrido si la Comisión de Consumos hubiese aceptado la primera proposición del Sr. Balagué, que no tiene personalidad, que no podía pedir el concierto y mucho menos otorgárselo, ni tratar con él en este respecto el Municipio, porque en su instancia no había ninguna de las circunstancias determinadas en el reglamento de Consumos, para ser considerado como apoderado legítimo de un gremio? Pues haciendo mío el argumento del Sr. Carner, diría que esos clientes del Sr. Rodés venían a defraudar al Municipio en una cantidad superior a la que decís que hoy se defrauda por virtud del concierto establecido.

Otro de los argumentos del Sr. Carner (le voy a decir para demostrar que la cuestión es política) que produjo un cierto efecto en la Cámara, fué el de que en el expediente de concierto no estaba la instancia de Sr. Balagué.

Y decía esto tan hábilmente, que hacía sospechar si esa instancia habría sido sustraída para que los señores diputados no tuvieran conocimiento de ella. Y bien, señores diputados; ya sabéis que el señor Carner en estos asuntos procede como político, que el Sr. Carner, que es hombre de buena fe, tal vez ha sido sorprendido en esa buena fe, porque si no hubiera sido sorprendido en esa buena fe, no es admisible que dijese tal enormidad, dejando deslizar la sospecha en quienes le escuchaban. El Sr. Carner debía saber dónde estaba esa instancia, y al saberlo, no podía decir sin agravio de la justicia semejante cosa. No, no ha sido sustraída, ni ha sido tampoco eliminada; lo que hay, señores diputados, es que los concertos gremiales no son subastas ni concursos; los concertos gremiales son unipersonales en cuanto al concertante, porque lo determina la ley, y en los expedientes a este fin no pueden figurar por su misma tramitación más que las proposiciones de los gremios a quienes afecta. Y como el Sr. Balagué no representa ningún gremio, no podía figurar en su expediente.

Pero ¿es que la instancia del Sr. Balagué ha desaparecido? Señores diputados, la instancia del Sr. Balagué no ha venido al Congreso, no ha podido venir al Congreso, porque hace quince días que dictaminada permanece sobre la mesa del Ayuntamiento de Barcelona, para ser discutida a instancia de los Sres. Lluch, Riuch y Forcadell, concejales nacionalistas del partido en que milita el Sr. Carner.

De manera que si no está aquí, es por culpa de los concejales de su partido. Yo ruego al señor ministro de la Gobernación que pida telegráficamente al señor alcalde de Barcelona la instancia para que se comprueben por todos los señores diputados las cosas que en ella existen, y en las que yo he argumentado. En la instancia del Sr. Balagué no se hace constar para nada la condición primera para solicitar un concierto gremial: la constitución del gremio. Es más, señores diputados; a la fecha de ahora estos señores expendedores de cal, yeso y ladrillo, no forman las dos terceras partes de los matriculados en la tarifa de contribución por este concepto; es decir, que ni aun hoy pueden instar nada como gremio.

El Ayuntamiento de Barcelona, como todos los Ayuntamientos, para poder estimar si hay gremio o no, si existe y reúne el gremio todas las condiciones para tratar con él, ha de atenderse, señores diputados, a los datos oficiales, y éstos son facilitados por la Delegación de Hacienda. En ese expediente de la instancia del Sr. Balagué están los datos de la Administración de Hacienda, y consta que el Sr. Balagué no representaba ni a las dos terceras partes de los expendedores ni siquiera.

Señores diputados, aquí que se ha hablado de confabulaciones para otorgar concertos, bueno es recordar que cuando el Sr. Balagué los solicitó en 5 de noviembre no era industrial matriculado en esta clase de tarifas. Se matriculó más tarde, el día 6, como aparece en la certificación de la Delegación de Hacienda. (El Sr. Rodés: Eso es inexacto.) Perdonéme S. S., yo tengo en mucho su opinión y no sé si es inexacto o exacto; pero S. S. conoce este expediente, y tanto S. S. como todos los señores diputados de la Cámara comprobarán estos datos que S. S. tiene por inexactos y que yo tengo por rigurosamente exactos.

¿Es inexacto que se dio de alta el día 6? Pues yo aseguro, con datos que me merecen tanto crédito como me merece su señoría, que es exacto. (El Sr. Rodés: Es otro Sr. Balagué.) Puede ser otro López; pero contra esos López hay el hecho indiscutible de la certificación del delegado de Hacienda. Lo que me conviene hacer constar aquí, es que se ha hablado de confabulaciones, que es después de pedir el concierto, y para simular el gremio, al día siguiente se dio de alta el Sr. Balagué u otro. Para la demostración es igual. Como en este diálogo no vamos a poner nada en claro, cuando intervenga S. S. o cuando esté aquí el expediente, con los datos en la mano, podremos comprobar todos los extremos.

El Sr. Carner decía en tardes pasadas que el concierto a favor de los fabricantes no podía hacerse legalmente, en virtud de lo que establece el art. 203 del Reglamento de Consumos, y a este propósito añadía que la prelación que había establecido la Comisión de Consumos era ilegal. Esta es una opinión del Sr. Carner, muy

respetable; pero contra la opinión, muy respetable, de S. S., está la ley y está la constante jurisprudencia administrativa, si podemos llamarla así, a favor de esta prelación que establece la ley, y que es racional, a favor de los fabricantes. Pero ¿es que la Corporación municipal de Barcelona trató únicamente de concertar estos elementos con los fabricantes? ¿Es que es cierto lo que dice el Sr. Carner, de que comenzó a dibujarse una especie de confabulación a final de octubre? Nada más inexacto, señores diputados. El Ayuntamiento de Barcelona, por virtud de este programa que antes tuve el honor de repetir ante la Cámara, pretendió hacer efectivos todos los medios de tributación que estaban a su alcance, y desde junio del año corriente tuvo toda clase de conferencias con fabricantes y con industriales expendedores; pero entonces los industriales expendedores estaban en perfecta armonía y de completo acuerdo para burlar al Ayuntamiento, y así, desde junio hasta octubre, ellos vinieron burlándose de la Comisión de Consumos, para ser considerado como apoderado legítimo de un gremio? Pues haciendo mío el argumento del Sr. Carner, diría que esos clientes del Sr. Rodés venían a defraudar al Municipio en una cantidad superior a la que decís que hoy se defrauda por virtud del concierto establecido.

Pues bien; ¿qué ha hecho la Comisión de Consumos que no esté dentro de la ley, que no sea legal y beneficioso para el Erario municipal? Yo he de recordaros una vez más que lo consignado a este efecto en el presupuesto actual de aquel Municipio son 10.500 pesetas, y por virtud del concierto realizado por la mayoría radical, la percepción de este arbitrio estableció un beneficio para el Municipio de Barcelona que, en relación con la cantidad presupuesta hoy, está quintuplicada.

¿Qué se pretendía por los expendedores de cal, yeso y no de cemento, circunstancia esta que también les incapacitaba para el concierto y no quiero ahora entrar a examinar, porque eso ya vendrá cuando esté aquí el expediente del señor Balagué? Pretendían lo que vinieron haciendo durante tantos años, durante cuatro años, enredar en expedientes y en dilaciones al Ayuntamiento y no pagar, y de aquí las censuras al gobernador civil y al delegado de Hacienda, porque con su resolución pusieron punto final a tanto enredo. Cualquiera creería, oyendo al señor Carner, que el delegado de Hacienda y el gobernador civil eran funcionarios asequibles a toda influencia del Municipio barcelonés, y yo he de recordar a la Cámara que este delegado de Hacienda, que cumplió con la ley y cumplió con su deber informando el concierto como legal y legítimo, es el mismo delegado que en una cuestión municipal reciente, cuestión que para nosotros era de transcendencia política por tratarse de un adversario y de un enemigo que, a juicio de la Comisión de Consumos, había precisamente defraudado los intereses del Municipio, contra la opinión y el acuerdo del Ayuntamiento, entendiendo que el acuerdo del Ayuntamiento era injusto, este delegado de Hacienda absolvió al pretendido defraudador del Erario municipal. Ya veis, pues, qué clase de influencia tiene el Ayuntamiento en la Delegación de Hacienda. Pero es que a los señores diputados de la antigua solidaridad les parece extraño, un caso insolito, que las autoridades no se avengán a las instancias que ellos presentan. Las facilidades de ayer se les antoja que deben continuar, y por eso ha de parecerles sorprendente que el gobernador civil, mediante haber oído al delegado de Hacienda, único informe que debía tener en cuenta, ya que no había contra el acuerdo reclamación alguna, haya aprobado un concierto, prestando a Barcelona el beneficio de que, dentro del año corriente, haya podido cobrar una cantidad superior a la presupuestada por solidarios, por los elementos interperales en su presupuesto. De haberse allanado el gobernador a sus pretensiones, ni habría concierto ni el Municipio hubiera podido cobrar la anualidad corriente.

Y el Sr. Carner, que parecía desconocer en la tarde última el carácter de los concertos, para demostrar la enormidad de éste que discutimos, decía: por las puertas de Barcelona entrarán y se cobrarán, a razón de 25 céntimos los 100 kilos, materiales suficientes para que los concertantes cobren a cuenta del Municipio 600.000 pesetas. Es claro que habría que preguntar al Sr. Carner que si son 600.000 pesetas las que hay que percibir por ese arbitrio, ¿qué razón ha habido para que sus amigos no hayan consignado en el presupuesto más que 10.500; ¿qué razón ha habido para que no se consignase esa cantidad tan crecida? ¿Es que se preparaba un concierto por esos elementos mediante este antecedente único que existía en la administración de Barcelona? Si así es, también por este lado los concejales radicales han realizado un beneficio al prescindir del antecedente en el concierto. El Sr. Carner ha olvidado que este arbitrio es adicional a la tarifa de consumos, y que, por tanto, caben todas las combinaciones que estas tarifas de consumos permiten para su mejor percepción.

El Sr. Carner se fija en lo que entra, pero el Sr. Carner sabe muy bien que Barcelona es puerto exportador, y no se fija en lo que sale, y al no fijarse en lo que sale, comete el error de suponer que todo lo que entra de puertas adentro ha de rendir y tributar a los concertados. Decía el Sr. Carner, con gran buena fe, con gran ingenuidad, porque esos son los datos que le han facilitado: ¿Quiénes son

los que conciertan con el Ayuntamiento de Barcelona? Conciertan los fabricantes que están allí matriculados y que forman las dos terceras partes de la cuota contributiva al Tesoro, que es lo que la ley exige. Pero además, señores diputados, es que no podéis desconocer que los concertos son una especie de arancel protector, y por eso los Ayuntamientos de Barcelona, no éste, sino todos, enemigos, excepto alguna que otra excepción, de los regionalistas, que son partidarios del arriero del impuesto de Consumos, han determinado el cobro de estos impuestos, generalmente por medio de concertos, que al levantar las cargas del Municipio, exigen menos sacrificio del contribuyente. Pues bien; los fabricantes matriculados, que son pocos, cierto, pero eso no invalida su derecho, conciertan con el Ayuntamiento de Barcelona; pero el ministro de la Gobernación ha de saber, tengo la seguridad que sabe, que al gobernador civil de aquella provincia visitó una numerosa Comisión de fabricantes, almacenistas y expendedores de estos artículos, los más importantes expendedores y fabricantes de estos artículos, adhiriéndose al concierto firmado por estos fabricantes de Barcelona, lo que demuestra que el concierto favorece a la industria.

Porque aquí se llegó a negar, señores diputados, hasta la existencia de las fábricas, se ha llegado a suponer la confabulación de un negocio inventando todos sus elementos, y contra esas insidias y difamaciones y esas calumnias bastan los hechos, y los hechos son que los fabricantes y almacenistas en buen número, que no son amigos políticos nuestros, se han adherido al concierto realizado por los fabricantes de Barcelona con el Ayuntamiento, y han ido a visitar al gobernador, para decirle e indicarle que podía, cuando lo tuviera a bien visitar sus fábricas, que son las más grandes y capaces de la provincia de Barcelona. ¿Dónde está, pues, el monopolio a favor de determinadas personas? ¿Es que el Municipio barcelonés va a estar constantemente a merced de la tutela de los perturbadores de sus organismos económicos y de las propias minorías que, olvidando su papel de censuras, se pretenden erigir en directoras de la política municipal? ¿Dónde está, pues, ese negocio? ¿Dónde el gremio que defiende S. S.? ¿Dónde, por tanto, que el Ayuntamiento haya preferido a unos por otros en perjuicio del Erario?

Lo que hay aquí es este solo hecho, señores diputados: durante la administración solidaria se cobraron por esos elementos 10.500 pesetas, y por la administración radical se cobrarán 50.000 pesetas anuales.

Esta es la diferencia; estos son los hechos. Ahora, lo otro, la habilidad de ir presentando proposiciones gentes que no tienen personalidad, para retrasar el concierto, para continuar con la confusión en los elementos económicos del Municipio, para que no pueda aquella mayoría radical realizar su función de ordenación económica, esa habilidad política fué pronto vista, y la desesperación, señores diputados, de ellos ante la energía de aquel poder municipal, no tuvo límites al ver que las amenazas no surtían efecto.

Cuando los constructores vencieron al Ayuntamiento solidario, que se sometió a sus imposiciones, le vencieron por esta razón: porque amenazaron con un conflicto y una paralización de obras, y ahora pretendían también amenazar y rebelarse contra la autoridad indiscutible del Municipio para el cobro de sus arbitrios; pero la mayoría radical no claudica ni se somete ante la rebeldía de los que tienen más obligación que los demás vecinos de contribuir a levantar las cargas del Municipio, cuando lanzaron la amenaza del paro, los trabajadores, que conocen perfectamente el amor y el cariño que tienen estos burgueses a la ciudad, hubieron de decirles: si vosotros, por vuestra conveniencia, declaráis la paralización de obras, tendréis que pagarnos todos los jornales que dejemos de devengar por nuestra huelga forzosa; y entonces, al ver que no daban resultado las amenazas con la mayoría radical y la disposición de ésta a ejercer, sin ninguna clase de desmayos, sus funciones de gobierno, ¡ah!, entonces vinieron aquí, al Poder central; fué entonces cuando recurrieron a vosotros, cuando pretendieron, como pretenden ahora, haceros instrumentos para realizar en este orden de cosas, por un lado, una ofensa a la mayoría radical, y por otro, el que estos elementos, que continúan dispuestos a la rebeldía, triunfen en sus pretensiones de no concurrir al levantamiento de las cargas de la Hacienda municipal de Barcelona como les corresponde. Y basta de cemento, de cal y de yeso, y vamos a tratar, señores diputados, de la cuestión más interesante y trascendental para la ciudad de Barcelona, que es la de la traída de las aguas.

Desde luego, no creo que en lo que voy a decir pueda haber discrepancias en la opinión de los señores diputados. Hemos de convenir todos en que el asunto está traído al Parlamento por los cabellos, porque no tiene en absoluto estado parlamentario: ya lo iremos viendo. Es una cosa inaudita, verdaderamente extraña, que no habiendo más que un acuerdo del Municipio sobre aceptación de proposiciones, se hayan estado manejando aquí por los interperales, a su sabor y a su ingenio, cifras, hipótesis, una porción de cosas verdaderamente absurdas y que no tienen realidad alguna, con el solo fin de proyectar sombras en donde todo es claridad.

He de comenzar recogiendo una manifestación del Sr. Carner, porque ella ha de ser el origen y el desarrollo de mi contestación. El Sr. Carner, en la tarde del sábado, se ufanaba de las condiciones y bases que ellos habían dejado para la traída de aguas, y decía que el Ayuntamiento actual había hecho unas bases completamente opuestas; me parece que éste era el concepto, y de ello se ufanaba y se enorgullecía. Pues bien; a la resultancia me atengo; las bases de que se ufana el señor Carner, esas bases tan cantadas por él, han producido el resultado de declarar desierto el concurso de aguas de Barcelona,

y han producido, por consiguiente, el resultado de continuar sufriendo aquella ciudad el azote y la enfermedad que es allí endémica. Es decir, han dejado en pie el problema. Ha continuado sufriendo Barcelona, por virtud de esas bases tan cantadas, todas esas depreciaciones que la ciencia y la higiene señalan en la vida de aquella ciudad. La traída de aguas no se ha realizado en Barcelona por virtud de esas bases tan alabadas; ¡cuánto habrá de agradecerse a los que han formulado esas bases la Compañía General de Dos Ríos, que abastece a Barcelona en la actualidad! Porque con las bases no se ha favorecido a Barcelona, puesto que no se ha resuelto el problema de aguas, ni es posible que se resuelva con ellas; pero, en cambio, subsiste el privilegio, el verdadero monopolio de esta gran Compañía de Dos Ríos que, en unión de otros intereses que ya iremos estudiando, y que forman una trama tupida, pretenden dirigir y monopolizar desde sus despachos la política municipal.

Con las bases del Sr. Carner no obtuvo Barcelona ningún beneficio; si acaso queréis lo obtuvo, por haberse declarado desierto el concurso, ha sido la Compañía general de Dos Ríos; con las bases presentadas por la mayoría radical, ¿qué ha sucedido? ¿qué ha pasado? ¿Hay entre ellas algo hay en alguna base alguna condición que pueda favorecer a determinada entidad, a determinado oferto? ¿Pueden ser tachadas de algo? ¿Pueden tener una tacha como la de que hablaba aquí tardes pasadas un diputado de esa minoría refiriéndose al pliego de concurso de la Gran Vía de Madrid? No, señores diputados; y tanto es así, que conviene que sepan lo siguiente: El Sr. D. Pedro Corominas y el que tiene el honor de dirigiros la palabra, formaban parte a la sazón de la Comisión de reformas del Municipio. Todos convinimos en la necesidad urgentísima de traer las aguas, é inspirándose en el criterio general de todos los concejales reunidos, el jefe de Sección, el alto empleado que asiste a estas reuniones, formuló el pliego de las bases. Vinieron las bases, naturalmente, a la Comisión, y en ella se admitieron toda clase de enmiendas, y fué al Consistorio y se retiró el dictamen a instancias del Sr. Albó, concejal regionalista también de la Comisión y que en la Comisión las había discutido, el que con una escrupulosidad digna de todo elogio y encomio hubo de llevar a otra sesión nuevas correcciones, incluso de proposiciones, nuevas amplitudes de concepto, y hasta nuevos párrafos, y ¿sabéis lo que ocurrió? El interés que podía tener la mayoría en esas bases lo demuestra el hecho que aceptó todas las correcciones y enmiendas de las bases devueltas, convirtiéndolas en dictamen, y el Ayuntamiento de Barcelona, por unanimidad, votó las bases para la traída de aguas.

Tenemos, pues, ya fuera de discusión la perfecta licitud de estas bases. El resultado es el más concluyente argumento de la bondad de las mismas.

Vamos a lo que más interesa, dejando aparte, naturalmente, aquellas cosas del precio de la comarca del Vallés, de si vale 42 millones o no todo el Vallés.

El Sr. Ventosa, si no recuerdo mal, hablando de la proposición del Sr. Rivas y de lo que podía importar, dijo que las tierras del Vallés apenas si valdrían los 42 millones que se pedían por las aguas ofrecidas. (El Sr. Ventosa: La parte limitada por las aguas.) Perdone el diga que el señor Ventosa extremaba el argumento. (El Sr. Ventosa: No tiene importancia.) No tiene importancia. ¿Por qué S. S. no da importancia a este asunto, que para nosotros la tiene grandísima? Amigos de S. S., que si pongo le aplauden y opinan como su señoría, hablaron también ponderativamente de que todo el Vallés no vale 42 millones, y en cambio pueden creer que vale 150 millones el Valle de Andorra. Y bueno es hacer constar esta depreciación por la tierra catalana, en favor de una extranjera. El Sr. Carner, en la última tarde, hablando de la traída de aguas, nos dijo, en resumen, lo siguiente: que el Ayuntamiento de Barcelona, si compraba estas aguas, iba a comprar aguas que no eran de los propietarios, por la razón de que en 1823, si no recuerdo mal la fecha, renunció el Real Patrimonio el dominio directo de estas aguas aprovechables en el Vallés, y al renunciarlo, habían venido a ser patrimonio de las Comunidades, de los Ayuntamientos.

Es una teoría jurídica que puede defenderse y que yo no he de rechazar; pero contra esta teoría jurídica están los hechos y las leyes. Y los hechos, señores diputados, son que varios de esos Ayuntamientos, que han reclamado, por virtud de esa renuncia del Real Patrimonio, la nula propiedad de esas aguas, han visto sus apelaciones rechazadas por el Poder central, mejor dicho, por la Administración central. ¿Por qué? Porque al renunciar el Real Patrimonio el derecho que tenía sobre las aguas, "ipso facto", venía a consolidarse la propiedad nuda en aquellos que tenían el disfrute de las mismas, y lo mismo venía a realizarse esta consolidación en los particulares que en las Corporaciones oficiales. Esto está fuera de toda duda y es elemental.

Pero aunque no hubiera esto, señores diputados, ¿es que no hay una ley de Aguas en España? ¿Es que no hay una ley de 1868, que determina la prescripción adquisitiva de las aguas mediante su posesión continua durante veinte años? Pero, señores diputados, ¿es que a fuerza de querer extremar los argumentos contra la honorabilidad de aquella mayoría, se llega a negar las leyes, se suprimen las leyes y se suprimen por un abogado de tanto talento y prestigio como el Sr. Carner? Pero, en fin, yo quiero suponer, yo quiero admitir que el Sr. Carner tenga razón, y que esas aguas no sean de los propietarios que han otorgado sus poderes a D. Gonzalo Rivas, ni sean esas nulas propiedades del señor Saus; yo quiero suponer que todas esas propiedades de que habla el Sr. Rivas de los propietarios del Vallés en su instancia, no existan, y quiero suponer también que la propiedad adquirida por acta notarial



del Sr. Saus tampoco existe; y ¿qué? Porque el punto o los puntos capitales de esta interrelación, de una manera lisa y llana, son los siguientes: el Ayuntamiento de Barcelona va a pagar tantos millones por un agua que no existe, el Ayuntamiento de Barcelona va a pagar tantos millones por unas propiedades que no existen. Esta es la conclusión de nuestro razonamiento. Y bien; si no existen las aguas, si no existen las propiedades, ¿a qué la interrelación? ¿Es que el acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona establece algún pacto por medio del cual haya de pagar nada, absolutamente nada que no sea el precio de la cosa vendida? ¿Es que vamos a discernir ahora a estas alturas en el Parlamento que es un contrato de compraventa? ¿Es que el acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona significa un contrato de compraventa? No, Sr. Ventosa; no, Sr. Carner. ¿Cuándo ha de ser este contrato de compraventa? ¿Cuándo ha de realizarse? ¿Cuándo existen aguas aferradas y cuando existen propiedades. Pues que, ¿creéis tan mentecatos y tan necios a los hombres de la mayoría radical, ni a nadie que tuviera sentido común, que puedan establecer esas cosas monstruosas de que se han hecho eco habísimamente tanto el uno como el otro? El Sr. Lerroux se vio precisado a jugar con los elementos de combate que daba S. S., los millones que daba S. S.

Pero, fuera de esa hipótesis gratuita de SS. SS., ¿qué queda? Lo siguiente, señores diputados: un Ayuntamiento que solicita aguas, oferteos que las ofrecen, el Ayuntamiento que acepta el ofrecimiento para comprarlas. ¿Compradas, Sres. Diputados, mediante qué? Mediante lo que se exige en todo contrato de compraventa; la entrega de la cosa vendida y la propiedad de la cosa ofrecida. ¿No hay cosa, no hay propiedad? Pues no hay contrato y no puede haber interrelación. Por eso decía antes que aquí se trajo la cuestión por los cabellos para el escándalo. Ahora las cosas se tornan lanzas. La cosa es clara, y para demostrarlo ahí está la condición del acuerdo diciendo que dentro de los ciento ochenta días siguientes habrán de justificarse plenamente las ofertas la propiedad de la cosa. Si no la justifican, no hay contrato. Y no sólo han de justificarse, sino que los abogados del ilustre Colegio de Barcelona habrán de informar sobre tal propiedad, y después que se hayan cumplido estos requisitos esenciales irá todo al Ayuntamiento para que examine si está publicado y garantizado lo que compra, y como allí tienen representación SS. SS., y la tienen por medio de abogados de altísima nota en el Derecho civil, ellos podrán aquilatar todas las dudas. Y aun no queda resuelta la justificación, porque para llegar al contrato después de verificar todas esas diligencias, el notario ha de examinar nuevamente todo lo que es objeto de compra, así como la capacidad de los contratantes. De manera que todas las medidas están tomadas para comprobar la existencia y la propiedad de lo que se vende.

Resultado de este examen que no hay cosa vendida o que su propiedad no está justificada por los que venden? Pues sencillamente no hay contrato. ¿No hay aguas? Pues no hay contrato. El Ayuntamiento dice claramente en la primera condición del acuerdo que pagará o que comprará (es igual) el agua vista y aferrada. No hay agua, no hay pago. Hay agua, pues se paga la que hay. ¿Está claro? De la percepción de esta claridad viene la habilidad del Sr. Carner el sábado, corrigiendo la monstruosidad que quería sentar aquí como inconcusa el Sr. Ventosa al manejar cifras y propiedades, derivando la cuestión sobre la manera de aferrar las aguas. Su principal argumentación a eso fue, porque veía la debilidad y la flaqueza de toda la argumentación del Sr. Ventosa, que no podrían resistir la confrontación con las cláusulas del acuerdo adoptado.

Yo no soy técnico, Sr. Carner; yo no sé si S. S. tiene razón al suponer y al asentar que la propiedad inconcusa de los geólogos y de los hidrólogos, que las aguas que se alumbren en una cuenca son producto únicamente de las lluvias que caen sobre la misma; yo no sé si eso es una teoría científica, absoluta; lo que sí sé es que los geólogos y los hidrólogos admiten que en una cuenca puede haber aguas de lluvias caídas en otras cuencas; pero, sea de esto lo que quiera, porque yo no tengo para qué meterme en esta cuestión ni tratar de ella, su señoría afirmaba la sospecha, cosa que no tiene S. S. el derecho de sospechar ni sostener, que el aforo de las aguas estaría mal hecho. La sospecha es racional, justa y legítima para SS. SS., porque sus señorías son adversarios nuestros y enemigos de que nosotros hagamos la traída de las aguas, y han de poner toda clase de obstáculos para ello, suscitando hasta estas increíbles dudas afrentivas para dignos funcionarios; pero la manera de que esa sospecha desaparezca es que SS. SS., que tienen en el Ayuntamiento minorías agueridas y numerosas, exijan toda clase de garantías en el aforo. ¿No les bastan a señorías los arquitectos municipales, los técnicos municipales? ¿Sospechan sus señorías de los técnicos municipales?

Pues lleven una Comisión de geólogos y de hidrólogos formada por las personas

más eminentes en estas ciencias, para que comprueben si existen o no existen las aguas; pero si existen las aguas; si existe la cosa vendida y el precio no es caro (porque no se ha discutido el precio, dándole como el mejor de los presentados); si además hemos coincidido en que las aguas son buenas y potables, ¿qué razón habrá para que el Ayuntamiento no las compre? ¿Dónde está la razón para exigir que el Ayuntamiento rechace esas aguas, cuando todos convenimos en la apremiante necesidad de abastecer a Barcelona? Sus señorías pueden pedir todas las garantías que quieran para desvanecer esas dudas y sospechas; pero no las traigan al Parlamento, envenenando las cuestiones como las envenenan en Barcelona; no las traigan vertiendo suspicacias, porque la opinión, que a todos nos conoce, es posible que relacione esta clase de interrelaciones con la manera de proceder las minorías en el Ayuntamiento, cuando sospecharon que el orden de prelación establecido por el acuerdo en favor de los licitadores u oferteos de las aguas no se habría de alterar.

Esa prelación, según ha demostrado el Sr. Lerroux y no ha contradicho nadie, era la justa y racional, porque se daba preferencia a las proposiciones más convenientes y superiores a todas las demás. Cuando las minorías sospecharon que el orden de prelación no podría alterarse, desaparecieron del salón, y en vez de estar allí cumpliendo con su deber, exigiendo toda clase de garantías para que estuvieran a salvo todos los derechos e intereses, se marcharon cuando tuvieron por cierto, por el resultado de la votación, que el orden de prelación no podría alterarse. Y tend en cuenta, señores diputados, que a aquella sesión de diez y nueve horas asistieron consecutivamente consejeros de la Catalana General de Crédito, Sociedad que tiene relación, por medio de sus hombres, con la Compañía de tranvías de Barcelona, con los que suministran el gas a Barcelona y con los organismos económicos de aquella ciudad. Todo esto puede explicar suficientemente el móvil de la campaña iniciada allí, que es el de tener constantemente sometido al Ayuntamiento a las Compañías monopolizadoras, a los intereses de las grandes Empresas; porque, ¿qué duda cabe que la Catalana General de Crédito, que ofreció al Ayuntamiento traer las aguas por 150 millones y cuyos hombres tienen representación en todos estos organismos, y los abogados y los diputados que tienen relación con esa propia Sociedad General de Crédito y las otras Empresas que con ella se relacionan, pueden influir en sus compañeros para producir esta clase de interrelaciones? ¿No estamos viendo al Sr. Carner, limpio de toda mácula, de toda sospecha y de toda duda, sucial por qué? Por las excitaciones de sus compañeros, por un acto de compañerismo con el Sr. Rodés. (Rumores y protestas en la minoría regionalista.—El Sr. Carner: Yo no soy capaz de sostener lo que no es justo, por acto de compañerismo con el Sr. Rodés, ni con nadie.) El que había de explicar la interrelación era el señor Rodés, y SS. SS. le hicieron desistir de ese propósito. (Nuevas protestas en la minoría regionalista.—El Sr. Llosas: Por ese camino no trae S. S. la República.)

El Sr. Presidente: Silencio, Sr. Llosas!

El Sr. Iglesias y Ambrosio (D. Emilia): No he de pedir consejo al Sr. Llosas para eso, ni me interesa lo que en ese respecto piensa S. S.

Y por este procedimiento también, señores diputados, ha podido ser sugestionado para su interrelación el Sr. Ventosa, cuyos datos y cuyas gratuitas afirmaciones creo yo que han quedado completamente refutados en la tarde de hoy, si ya no lo hubieran quedado suficientemente en la tarde anterior con el discurso del Sr. Lerroux. (El Sr. Ventosa: Ahí está el expediente.) Si no hay cosa vendida, no hay contrato.

De ahí no podemos salir. (El Sr. Ventosa: Pero hay pesetas.—Risas.) ¿Dónde están las pesetas? Estarán en los bolsillos de SS. SS. No puede haber pesetas, porque no hay venta si no hay cosa vendida. (El Sr. Iglesias García: Es una venta de esperanza, bien lo sabe S. S.) Las ventas de esperanza no se pagan con pesetas más que en la Iglesia. (El Sr. Iglesias García: Allí no las habrá pagado nunca S. S.) Pero son las ánimas del Purgatorio las que pagan esperanzas para llegar pronto al cielo. (El Sr. Iglesias García: Nada, nada, que no viene la República.—El Sr. Azzati, señalando al Sr. Lerroux: Este, éste es el que estorba.—Rumores.—El señor presidente reclama orden.)

El hecho es, señores diputados, que el acuerdo municipal de Barcelona (y de estos términos no podemos salir) está condicionado a la existencia de la cosa y a la propiedad de la cosa, y que no puede haber pago si no hay cosa, que no puede haber pago si no hay agua. Me parece que no puede estar más claro; y si se aferra el agua vista, con todas las garantías que quieran el Sr. Carner y la Cámara y todos los ciudadanos, y si ese precio no es caro, ¿con qué derecho pueden suponer SS. SS. ni nadie que no hay garantía? En el contrato de compraventa, ¿qué clase de garantías cabe exigir más que la evicción y el saneamiento de la propiedad de la cosa? (El Sr. Rodés: No hay evicción.) Pues si no hay evicción no habrá contrato, y para eso están los abogados,

Sr. Rodés, para que dictaminen sobre esos puntos que afectan a la cosa y su propiedad y garantía.

El Sr. Presidente: Diríjase S. S. a la Cámara, Sr. Iglesias.

El Sr. Ventosa: Pero se puede exigir que haya agua conducida, pero no vista. El Sr. Iglesias y Ambrosio: Está bien, Sr. Ventosa; ya se trata de cuestión distinta de la planteada por S. S., porque a medida que pasan los días, SS. SS. van reflexionando. (El Sr. Ventosa: Lo he dicho; ahí está el «Diario de las Sesiones».) Ahí está el «Diario de las Sesiones», es verdad, y por el nos enteramos que su señoría suponía que no había agua ni tierras, y que se iba a entregar unos cuantos millones a un señor para que se fugara con ellos, y el Ayuntamiento de Barcelona se iba a quedar sin dinero, sin aguas y sin tierras. Y yo digo a S. S.: si no hay cosa, no hay contrato. Y si no hay contrato no hay millones, porque no hay valor, ni precio, ni nada. (El Sr. Ventosa: Son las aguas del Moncada.) Pues para eso están los abogados, para eso están los técnicos. Pues si no hay contrato, ¿cómo va a haber pesetas, Sr. Ventosa? Si no hay precio, ¿cómo va a haber esperanzas? Sus señorías están encerrados en este círculo de hierro, del cual no pueden salir; para que haya esperanzas tiene que haber contrato, y para que haya contrato tiene que haber cosa, y si no hay propiedad de la cosa ni hay cosa, no hay contrato, y, por tanto, no hay precio ni hay pesetas. De modo que todas las censuras y todo el artículo de SS. SS. cae por tierra estrepitosamente. Por lo demás, señores diputados, el Sr. Ventosa, al comenzar esta tarde, y al referirse a una querrela por injuria entablada por D. Luis Durán y Ventosa contra apreciaciones formuladas por «El Progreso», y aludiendo a las retenciones que pudieran emplear ese periódico y el Sr. Lerroux, decía que no debía ni quería recogerlas, porque no le molestaban. Y nosotros hemos de decir que la difamación y la calumnia, que son las únicas armas que esgrimen los amigos de SS. SS., en la Prensa y en el mitin, no sólo no pueden molestarnos, sino que esa calumnia y esa difamación aplicadas a nuestros concejales y a nuestros hombres, no podrán nunca decir más que lo que SS. SS. han dicho o inventado, y ya dijo la otra tarde el señor Lerroux que de tanto calumniarles les habíamos hecho incalumniarles.

Pero yo he de recordar, señores diputados, un hecho para demostraros que no podemos hacer caso de la calumnia y de la difamación de los amigos de SS. SS. Los diputados interrelates, y es que tan habituados están a ellas, que esos correligionarios de SS. SS. llegaron en la difamación y en la calumnia y en la insidia a presentar a amigos de SS. SS. maniatados en medio de la Guardia civil, y esos amigos de SS. SS., tan vilmente calumniados por periódicos que son afectos a SS. SS., han merecido el honor de figurar con sus señorías. ¿Qué caso vamos a hacer nosotros de la calumnia y de la difamación, si vosotros mismos las habéis despreciado hasta este punto, dándonos la medida del valor que en vosotros tienen estas armas siempre execrables? Con estas interrelaciones se pretende ir poniendo con el escándalo los jalones del sueño del Sr. Lluhi, concejal ilustre de aquel Ayuntamiento, que pertenece a la izquierda nacionalista, el cual decía que para 1911, en las elecciones próximas, serán mayoría ellos y realizarán la traída de aguas. Basta enunciar el propósito para que os deis cuenta de la menguada condición de este debate.

Apercibidos estamos y apercibida está la opinión, porque nosotros no hacemos las cosas entre bastidores ni con insidias y calumnias, y porque no lo hacemos entre bastidores, señores diputados, hemos querido, en la medida de lo posible en las democracias modernas, tener un referéndum para esta política económica que seguimos en el Municipio contra todos los intereses creados que vienen haciendo estériles todos los sacrificios de los ciudadanos y de los vecinos de Barcelona en pro de la comunidad. Buscamos el referéndum, señores diputados, y del Ayuntamiento ha pasado a la calle, ha pasado al juicio público y se agita por todas partes esta cuestión de las aguas. ¿Qué se quiere? ¿Que continúen las cosas como estaban, con aquellas bases del Sr. Carner? ¿Qué se quiere? Que la Empresa de Dos Ríos continúe explotando el negocio y cobrando por término medio de 40 a 45 céntimos el metro cúbico de agua, cuando los barceloneses pueden disponer de ella a un precio inferior en dos terceras partes, a 15 céntimos como máximo, y tener el Municipio un beneficio que venga a aumentar y a nutrir sus recursos para realizar todas aquellas mejoras que en el alma y en el espíritu catalán laten, mirando el porvenir, mirando al mañana, mirando a Europa.

¿Qué se quiere? Que no haya agua en Barcelona, que no se resuelva este problema, sobre todo por el partido Radical creando nuevos intereses. Porque cuando está realizada la traída de aguas y cuando la municipalización del gas sea un hecho los mismos propietarios, señores diputados, hoy adversarios nuestros, hoy figurados en las filas de los regionalistas los más potentados, y los más modestos, en la fila de los nacionalistas; cuando vean la realidad de los hechos, con aquel espíritu práctico que tienen los catalanes... (El Sr. Rodés pronuncia palabras que no se

periben.) De menor cuantía son las que defiende el Sr. Rodés; esas sí que son de menor cuantía; y yo ruego a S. S. que cuando me interrumpa lo haga alto para que yo oiga a S. S. (El Sr. Salvatella: No era una interrupción, era un comentario.) Celebro que el comentario se acerque mucho a la realidad de lo que yo decía; su señoría lo sabe perfectamente.

En cuanto los propietarios vean, con el espíritu práctico de nuestra raza, que en vez de pagar el tanto alzado que pagan hoy por tener que servirse de la Empresa de Dos Ríos de La Catalana, y cuando los consumidores vean la economía que esta obra representa y el beneficio que reporta para la función sacratísima de la higiene del hogar, ¿qué duda cabe, señores diputados, que vendrán a nuestras filas? Y eso es lo que se pretende impedir, que esta masa de opinión con que hoy no contamos venga, por efecto de nuestra política y del desenvolvimiento de nuestras iniciativas en el Ayuntamiento de Barcelona, a incorporarse a nuestras filas, dejando claros en el campo en que hoy militan.

La otra tarde, enumerando el Sr. Lerroux los desaciertos de las administraciones solidarias, hacía mención del contrato de reforma, y yo no sé qué señor diputado hubo de interrumpirle para decirle que era un negocio lícito.

Nadie ha dicho que no fuera lícito; lo que ha dicho el Sr. Lerroux es que era ruinoso para la ciudad de Barcelona, y tan ruinoso, señores diputados, que el propio Banco Hispano-Colonial hubo de reconocerlo en ocasión solemne. Trábase de la construcción de la Casa de Correos para Barcelona, y como las expropiaciones que tenía que verificar el Ayuntamiento de Barcelona para realizar este proyecto, beneficioso para la Gran Vía, estaban fuera del margen obligatorio para el Ayuntamiento con respecto al Banco Hispano-Colonial, hubo yo de oponerme en aquella Comisión a que realizase dicho Banco esta operación si no rebajaba en un 50 por 100, por lo menos, la cantidad de sus comisiones, y he de añadir que esta opinión mía coincidió con todos los concejales. Es más: alguno hubo, como el Sr. Carner, que pertenecía a la minoría regionalista, que pretendió y exigió, y no sé si llegó a conseguirlo, no lo recuerdo, que la rebaja fuera mayor; pero el hecho es, señores diputados, que el Banco Hispano-Colonial, por la energía de aquel Ayuntamiento, en una operación ha cobrado la mitad, como precio de la comisión establecida en su contrato, y hay que suponer fundadamente que el Banco Hispano-Colonial, como cualquier contratista, como cualquier comerciante, al realizar la operación había de realizar el beneficio suficiente para cubrir todas las eventualidades de la ganancia que debe tener lícitamente en un negocio, y que resulta que si con el 50 por 100 tiene suficiente para cubrir todas las necesidades y todas las atenciones de las operaciones que le lleve a cabo con el Ayuntamiento de Barcelona, si realiza la reforma de Barcelona en su totalidad, al cobrar el 21 por 100 de los 136 millones que representa esa obra, habrá cobrado de más, a conciencia, a sabiendas, un margen de un 10 por 100.

Es lícito el negocio, yo no digo que no sea lícito; lo que digo es que es absurdo, que es abrumador para el Tesoro municipal, y como se ha hablado aquí con este motivo del crédito del Ayuntamiento de Barcelona, de la baja de los valores de Barcelona, vamos a tratar, señores diputados, muy brevemente de ello, porque tiene íntima relación con ese contrato escandaloso. La casi totalidad del papel municipal que se cotiza está en manos del Banco Hispano-Colonial; el principal cliente de los negocios de este Banco es el Ayuntamiento de Barcelona, y ved, señores diputados, esta extraña coincidencia: el Banco Hispano-Colonial dispone del papel municipal, el papel municipal baja tres o cuatro enteros en la totalidad de sus oscilaciones, que no recuerdo bien, y en cambio, el Banco Hispano-Colonial, que se nutre de las arcas municipales, que se nutre de ese organismo que, según las cotizaciones oficiales de la Bolsa, viene mermando su solvencia en esta forma de cuatro enteros, en un período de dos o tres años, este Banco Hispano-Colonial, que se nutre del Ayuntamiento de Barcelona, señores diputados, ve subir sus acciones en veinte enteros.

Esto explica con números a qué obedecen esas oscilaciones de Bolsa; esto explica perfectamente todo lo que quieren explicar SS. SS.; pero son datos abrumadores que pueden apreciar y juzgar los señores diputados. El crédito del Municipio con estos antecedentes, ¿puede en justicia juzgarse por eso? ¿Y cuando va a juzgarse, para censurar la gestión de una mayoría, el crédito del Ayuntamiento de Barcelona? Cuando presenta ante la opinión por primera vez unos presupuestos nivelados, cuando están garantizados, absolutamente garantizados por recursos efectivos ordinarios del presupuesto municipal. (El Sr. Llosas: Obligaciones que están a 89 habrían estado a 104.) Perdona S. S., es a 91, y para que vea S. S. el error a que se encuentra, no ha estado nunca 89 el papel municipal. (El Sr. Bertrán y Turiel: El Sr. Llosas es banquero.) Será de lo banquero que quiera, pero... (El Sr. Llosas: Yo lo creo, y que entiendo de S. S. Iglesias.) Celebro que S. S. entienda de eso, y, además de celebrarlo, me felicito. (El Sr. Llosas: ¡Grandes benefi-

cios han hecho SS. SS. al crédito municipal!)

El Sr. Presidente: Sr. Llosas, tenga su señoría la bondad de no interrumpir.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Le felicito por las diferencias.

Pero el Sr. Llosas me permitirá una pequeña rectificación: el papel de Barcelona está a 91 y nosotros lo heredamos, no a 104, sino a 93 ó 94. Ved el caso singular, señores diputados, del Banco Hispano-Colonial. (El Sr. Llosas: Ya lo verá S. S.)

El Sr. Presidente: ¡Orden, Sr. Llosas!

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Pero, ¿es su señoría accionista del Banco Hispano-Colonial?

El Sr. Llosas: No tengo ninguna relación con él.

El Sr. Presidente: Señor Llosas, llamo a su señoría al orden por segunda vez.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Pues el argumento es éste, señores diputados: cuando el presupuesto del Municipio se saldaba con déficit y, por tanto, su solvencia era menor, la cotización que daba el papel municipal del Banco Hispano-Colonial era más alta que ahora que el presupuesto está nivelado. Esta paradoja no tiene explicación más que en la política. Y ¿a quién se debe esta anomalía sino a quien maneje el papel? ¿Y quién maneja el papel? El Banco Hispano-Colonial. ¿Y quiénes componen el Banco Hispano-Colonial? Enemigos y adversarios nuestros. ¿Y quiénes componen las Sociedades de crédito, los tranvías y La Catalana, sino adversarios nuestros, que forman monopolios para ir restando al Municipio de Barcelona los ingresos y los beneficios que todos los Municipios modernos tienen hoy?

Pues bien; si no queda nada ni de lo uno ni de lo otro, ni de lo que ha dicho el señor Ventosa, ni de lo que ha manifestado el Sr. Carner, ¿cómo se explica la cara de satisfacción que ponían los señores de la minoría conservadora, y especialmente el Sr. Cierva y otro señor diputado que, generalmente, le sirve de informador y que ahora pone cátedra de ética, como el diablo que se hizo fraile? ¿Queréis explicarme el por qué de esa satisfacción, como si fueran Aristarcos a quienes jamás la opinión hubiese manchado y tuviera la autoridad suficiente para censurar a los demás?

Ni aun de aguas pueden sonreírse los señores conservadores, que naufragaron en toda clase de aguas; en las dulces, con el marqués de Santillana, y en las amargas, como dice el cantar, con la Casa Wickers.

Los conservadores, haciendo una pinta con vosotros, como yo digo en ese artículo que el Sr. Ventosa y Calvell tuvo el honor para mí de leer, haciéndome con ello un gran reclamo, ¿tienen derecho a sonreírse, tienen derecho a comentar, siquiera levemente, nada que pueda referirse, ni de cerca ni de lejos, a la moralidad de ningún partido? Lo que ellos están haciendo ahora aquí es pagar la pasividad que los elementos solidarios tuvieron cuando toda la nación española, recogiendo el reto al señor Maura, sostenido por un ilustre parlamentario y querido amigo mío, el Sr. Sol y Ortega, se manifestaba en las calles para clavar en el banco azul la moralidad del Gabinete del Sr. Maura. Y ¿son ellos los que pueden sonreírse, cuando se han visto constantemente flagelados por la opinión y hasta por sus propios amigos?

Cuando vea yo satisfechos a los conservadores, crea que en el Ayuntamiento de Barcelona se había cazado algún comisario regio; pero allí no hay comisarios regio que cazar, y eso queda para el señor Sánchez de Toca, correligionario de los señores conservadores que se sonreían cuando se hablaba de aguas.

No hacen más los conservadores, al ayudar en esta empresa a los interrelates. (El Sr. Carner: No hemos recibido ayuda de nadie.) No la habréis recibido, pero al Poder central venís a pedirle. (El señor Carner: Ya discutiremos eso.)

Los antiguos socios de SS. SS., los conservadores, pagan ahora en la oposición... (Varios señores diputados protestan contra las palabras del orador.) ¡Si por eso se ha roto la Solidaridad! Una de las causas de que se rompiera la Solidaridad ha sido las complacencias de los regionalistas para con el Sr. Maura, según vuestras propias declaraciones. (El Sr. Ventosa: ¿Qué tiene que ver eso con los millones de D. Gonzalo de Rivas?) No existen esos millones del Sr. Rivas; mientras no exista agua, no existen esos millones. (Grandes rumores.) Mientras no haya cosa vendida, no existe la venta. Sus señorías no pueden salir de ahí, y todo lo que digan será edificio construido sobre arena. El sueño de SS. SS. es recuperar el gobierno municipal de Barcelona, y yo les digo a SS. SS., sobre todo a los de la izquierda, que son los que pretenden la hegemonía de la política municipal de Barcelona, que el camino emprendido no es el más a propósito para obtener con decoro ese gobierno. (El Sr. Carner pronuncia palabras que no se perciben, porque lo que se dice en la oposición se exige luego en el gobierno, y como sus señorías no cumplieran aquí lo que dijere en la oposición, la opinión les volvió la espalda; en cambio, nosotros procuramos cumplir siempre nuestros compromisos. (El Sr. Carner: En la jornada de julio, ¿cumplió su señoría lo que predicaba en los mitines?) Si, señor. (Rumores y protestas.—El Sr. Miró pronuncia palabras que no se perciben.) ¡Adiós, César! (El Sr. Miró: Al lado de S. S. lo soy. Al lado

de S. S. un niño es un hombre.) ¡Adiós, tú! (Protestas.—El Sr. Miró pronuncia palabras que no se pueden precisar.) Su señoría es... (Grandes rumores y protestas que impiden oír al orador.)

El Sr. Presidente: Ruego a los señores diputados que guarden silencio, única manera de que la Presidencia pueda imponer el cumplimiento del Reglamento.

Señor Iglesias, S. S. ha pronunciado palabras ofensivas para el Parlamento y la dignidad de los señores diputados, y su señoría tiene que retirarse inmediatamente, por decoro de todos.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: No hace falta levantar la voz para exigir el cumplimiento del Reglamento. Su señoría comprenderá que si es verdad que yo he faltado al Reglamento, ha sido motivado por un movimiento impulsivo de otro señor diputado, que ha faltado también al Reglamento infringiendo una ofensa, y si es verdad que yo he pronunciado palabras duras, estoy dispuesto a retirarlas siempre que se retire la ofensa que a mí decoro ha inferido otro señor diputado.

El Sr. Presidente: Su señoría se servirá concretar las palabras a que se refiere.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: La de delator.

El Sr. Presidente: ¿Quién la ha pronunciado?

El Sr. Iglesias y Ambrosio: El Sr. Miró. Si retira esa palabra, yo retiraré las mías.

El Sr. Miró: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: La tiene S. S.

El Sr. Miró: Señores diputados, el señor Iglesias y Ambrosio, que está dispuesto, según dice, a rectificar y retirar las palabras pronunciadas, quiere que antes yo retire o rectifique palabras que he pronunciado, alegando que las que él ha dicho eran contestación a otras mías, y como las que yo dije eran contestación a un verdadero insulto, como es el decir: ¡adiós, tú!, yo no explico de ninguna manera mis palabras, ni las retiro, mientras el Sr. Iglesias y Ambrosio no retire las suyas.

El Sr. Presidente: El Sr. Iglesias tiene la palabra.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Parece extraño, señores diputados, que siendo el incidente tan reciente padecemos todos ya olvidanzas de memoria y no recordemos lo ocurrido, porque la frase no ha sido...

El Sr. Presidente: Ha sido una frase inconveniente e impropia del Parlamento.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Voy a eso, señor presidente. El Sr. Miró quiere que explique mis palabras de: ¡adiós, tú! y he de recordarle que la frase fue dicha cuando él trató de molestarme llamándome criatura o niño. (El Sr. Miró: No he dicho eso.—El Sr. Zulueta Gomis: Dijo que su señoría es un niño al lado de cualquier hombre.) Bueno, que era un niño al lado de un hombre, y entonces yo repliqué: ¡adiós, tú! para demostrarle que era un hombre como él.

El Sr. Presidente: Comprenda su señoría que la frase era impropia del Parlamento y que debe retirarla.

El Sr. Azzati: No, señor presidente. (Protestas en distintos lados de la Cámara.)

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Yo no explico esa palabra, señor presidente, porque no la considero ofensiva.

El Sr. Presidente: ¿No ha tenido su señoría intención de ofender al Sr. Miró?

El Sr. Iglesias y Ambrosio: He tenido intención de ponerme al mismo nivel del Sr. Miró, y yo no creo que el ponerme al mismo nivel se estime como una ofensa. La palabra podrá parecer poco parlamentaria; pero hay que tener en cuenta que aquí se ha repetido algunas veces. Además, como mi intención no era la de molestarle, no es ofensiva. La frase, repito, no ha sido dicha con intención de ofenderle, sino con intención de restablecer un completo paralelismo entre el Sr. Miró y yo. Por lo tanto, creo que el Sr. Miró, después de estas explicaciones que estoy dando a la Cámara, retirará las palabras por él pronunciadas, y entonces yo no tengo inconveniente ninguno en retirar también las mías.

El Sr. Presidente: Quedan retiradas las palabras pronunciadas por S. S., y le ruego que en lo sucesivo no emplee ese lenguaje, porque de lo contrario, en vez de discutir, se disputa.

El Sr. Iglesias y Ambrosio: Tiene el señor presidente razón. Yo no le regateo a su señoría en este punto ninguna clase de alabanzas por su intervención; pero ya comprenderá S. S. también que hay reticencias de cierta índole y naturaleza que molestan. Somos hombres y no podemos reprimir a veces la estabilidad de nuestros nervios.

Cuando ha ocurrido este incidente, señores diputados, iba a terminar mi discurso, y me refería a los señores diputados que antes pertenecieron a la Solidaridad, sobre todo a los de la izquierda, excitándoles a que, mirando por el porvenir de Barcelona, vean si les conviene a ellos, que pretendían disputarnos la hegemonía, si les conviene mirar a todo trance por la codicia del Poder y supeditar a él las legítimas necesidades e intereses de Barcelona y de su Municipio; porque si ellos piensan así, nosotros pensamos de distinta manera, pues por encima de todo ponemos a la ciudad de Barcelona, y en su engrandecimiento pondremos todo, y todo lo venceremos, hasta transformarla, dotándola de todos los medios para que cumpla los más altos fines, siendo espejo y ejemplo de ciudades.

## LA NUEVA ERA

### II EN MARRUECOS Y EN ESPAÑA

Muchos viajeros y negociantes que tuvieron ocasión de visitar la corte de Abd-el-Aziz, nos han dado a conocer al detalle la personalidad del joven ex sultán de Marruecos.

El sultán destronado sentía una viva curiosidad por todo lo que a su país llegaba de Europa. No se podía decir de él que fuera un ignorante. Sabía cosas; pero, en general, las cosas que sabía carecían de importancia y tenía de la vida mundial ideas fantásticas que parecían adquiridas en los cuentos de «Las mil y una noches».

Una noche, por ejemplo, acerca del valor que la cultura popular tiene para los pueblos modernos, no era posible encontrarla en Abd-el-Aziz. Cuando le dijeron que la victoria del Japón sobre Rusia fue debida a la rapidez y al acierto con que supieron asimilarse los japoneses la cultura científica europea, no podía concebirlo.

Además, Abd-el-Aziz tenía una pasión loca por el «sport». Los automóviles imperiales, conducidos por el monarca, recorrían vertiginosamente los paseos públicos de Fez. El sistema nervioso del soberano, frito, en su duda, de poder cerebral inhibitorio, gastaba la energía en una existencia superficial e inquieta que no conce-

día al espíritu un momento de reflexión. Y mientras el sultán se divertía, el pueblo yacía en la ignorancia y la miseria, explotado por sacerdotes fanáticos y por políticos venales, y los ministros negociaban con los banqueros franceses empréstitos ruinosos para el Imperio y buscaban en el extranjero, no maestros que les enseñasen a vivir la vida moderna, sino oficiales que organizaran su ejército. Oro para satisfacer sus caprichos y soldados para arrancar al pueblo contribuciones onerosas; eso era lo que Abd-el-Aziz pedía a la civilización europea.

En resumen: Abd-el-Aziz era un pobre diablo adúltero por una mala educación; era el instrumento más adecuado para la explotación del Mogreb por los negociantes de las grandes potencias; uno de esos caracteres insignificantes que, al frente de un país, pueden convertirse en tiranos sanguinarios y concañar contra sí las iras populares, desencadenando la rebelión, o arrastrar al pueblo entero a la ruina, si el pueblo entero se encuentra tan defectuosamente dotado como el monarca.

Pero el caso Abd-el-Aziz no es un caso aislado en la historia de las monarquías contemporáneas, ni el Imperio de Marruecos ha sido el único país en el cual el soberano se ha mostrado incapaz de ver en la civilización otra cosa que soldados y di-

nero. El estudio de la vida y de los hechos de ese desdichado emperador puede servir en la actualidad de enseñanza a los mismos europeos, entre los cuales no faltan naciones explotadas por oligarquías degradadas, tan sumisas ante los deseos del monarca como altaneras ante el pueblo.

Esos servientes monárquicos que ven en la monarquía el único «orden» bajo el cual pueden realizar sus negocios a costa del pueblo; esos patriotas que se escandalizan porque el obrero emigra en busca del pan y del trabajo que la patria le niega, y no dudan en hacer emigrar sus capitales y aplicarlos a empresas peligrosas para la vida nacional; esos protectores de la industria que encarecen la alimentación y la vida del ciudadano con tarifas absurdas, pero piden al capitalismo extranjero barcos y cañones; los accionistas de minas, los creadores de monopolios, los parlamentarios a lo Gabriel Maura, para el cual la política internacional no puede ser obra de la democracia, ni siquiera de los Parlamentos; toda esa cohorte de políticos y negociantes que se amparan en el misterio de las altas razones de Estado para realizar sus ganancias; toda esa Mafia de excentrismos e ilustrísimos bandoleros que tan bien conocemos en España, constituyen una oligarquía netamente marroquí en el seno de una nación europea.

Si se estudian paralelamente los reinados de Alfonso XIII y Abd-el-Aziz, puede encontrarse entre ellos notables analogías. Las esperanzas que la juventud de ambos monarcas despertó en muchos espíritus ingenuos, se han convertido ya en com-

pletos desengaños. Las promesas de renovación de vida y de «europeización» que con los dos nuevos reinados nacieron, han sido dos completos fracasos que sólo pueden tener alguna utilidad si provocan en el pueblo la reacción necesaria para emprender caminos más inteligentemente trazados, más derechos y seguros.

Los cambios que durante este período ha experimentado la vida política de ambas naciones, no han sido tanto debidos a las iniciativas propias de los dos países, cuanto a la repercusión en ellos de los acontecimientos, en los cuales las grandes potencias europeas han sido las protagonistas.

El año 1904 ocurrió en Europa sucesos políticos de gran importancia para el Imperio marroquí y para la monarquía española.

En ese año, Delcassé y lord Lansdowne ajustaron entre Francia e Inglaterra un tratado, por el cual la última de estas potencias dejaba a la primera en libertad para intervenir en el Mogreb, a cambio del desistimiento, por parte de Francia, de toda pretensión sobre Egipto y del compromiso de respetar la absoluta libertad industrial y comercial de Marruecos durante un período de treinta años.

Para Marruecos significaba el tratado francoinglés de 1904 una verdadera amenaza contra su tranquilidad; pero no una amenaza, tan grande como en un principio se supuso, contra su independencia.

La independencia del Mogreb no está solamente garantizada por su poder de resistencia, sino también por las pretensio-

nes de dominio y los intereses opuestos de las varias potencias europeas.

La intervención de Alemania, con el viaje del kaiser, vino a convencer pronto a Francia de que el derecho que el tratado de 1904 la había concedido era más aparente que real.

Kurt Eisner supone que en el proceder de Alemania pudieron influir hábiles excitaciones por parte de Inglaterra, desiosa de concentrar sobre Marruecos la atención de Europa para poder ejercer una acción más desembarazada sobre Egipto, como ocasión de la guerra con los boers, procuró concentrar sobre China la atención de las potencias europeas.

Aun poniendo esta hipótesis a cuenta de la leyenda de perfidia que acompaña siempre en sus negociaciones diplomáticas a la «astuta Albión», siempre resulta que el tratado anglofrancés no representaba una rectificación verdadera de la política inglesa sobre Marruecos, como en un principio se supuso.

En primer lugar, Inglaterra se mantenía en ese tratado fiel a su tradición de abstenerse de intervenir militarmente en el Imperio africano; en segundo lugar, el peligro de ver las plazas del Imperio de Marruecos cerradas al comercio inglés, no podía, en todo caso, hacerse efectivo hasta un plazo de treinta años, prorrogable en plazos menores, y este lapso de tiempo era tal vez suficiente, según la opinión de los diplomáticos ingleses, para que se consumara el fracaso de toda política de dominación exclusiva sobre los territorios mogrebinos.

Así lo entendieron muy pronto en Europa muchos políticos expertos.

En la página 144 del libro titulado «Die Morokko Frage und die Konferenz von Algeiras», dice, a este propósito, Gustavo Dieckmann: «Quizás era Lansdowne más astuto que Delcassé cuando concertó el tratado con Francia. Quizás pensó (no se puede admitir otra cosa de un hombre de Estado inglés práctico y juicioso) que mientras Inglaterra se defendía permanentemente de este modo, contra toda pretensión de Francia sobre Egipto, tenía que pasar mucho tiempo hasta que Francia hubiese de cumplir su gran programa de reformas, y que en este largo período habían de ocurrir cambios completos en las relaciones políticas internas y externas que hicieran inútil el tratado en cuanto a Marruecos se refiere. Pues,







